

EL PROCESO DE IDENTIFICACIÓN DEL ADOLESCENTE A LA LUZ DEL PSICOANÁLISIS CONTEMPORÁNEO.

*No logro ver la salida,
Parece que todas las puertas están cerradas,
No consigo quedarme encarcelada,
Quiero y quiero, de verdad, estar en un lugar como un mar de rosas
Donde las flores exhalen un perfume agradable y no un mal olor
como el que siento en este lugar.
Que la oscuridad de este mundo sea sustituida por una
claridad pura en mis ojos,
¡Para que yo pueda ver un lugar menos podrido, sucio,
inmundo como lo es éste!
Que mi ser encuentre la libertad, la paz que tanto busco.
Sé que Dios iluminará mi camino, concediéndome lo que
tanto deseo: PAZ.*

(Alessandra, 18 años)

Quiero ser médico, pero no me gusta estudiar ni soporto la biología.

(Fabio, 17 años)

Había pensado desarrollar este capítulo de una manera clásica, conceptualizando, por ejemplo, la adolescencia, identidad y el proceso de identificación. Podría describir la comprensión psicoanalítica de esos fenómenos dentro del continuum evolutivo que el psicoanálisis posibilita el entendimiento del desarrollo psicosexual, desde el final del período de latencia hasta la resolución de la adolescencia. Sin embargo, opté por contar episodios de la vida de algunos adolescentes como Claudia, Alessandra, y Roberto para destacar los aspectos fundamentales del proceso de identificación del adolescente.

La poesía de Alessandra revela un estado mental depresivo por el cual pasan muchos adolescentes en momentos críticos de su desarrollo. El

diagnóstico diferenciado entre la normalidad y la patología puede llegar a ser difícil. La comprensión de los fenómenos clínicos emergentes depende del entendimiento de la estructura, de la dinámica y de la economía psíquica subyacentes. La transparencia de su sensibilidad poética es reveladora de una realidad interna angustiante. El yo debilitado señala la desesperación capaz de resultar en acciones autodestructivas.

Sus palabras expresan, consciente e inconscientemente, la sensación de impotencia y el deseo de fuga de una realidad sentida como insoportable ante continuas frustraciones. *Parece que todas las puertas están cerradas*. Alessandra está al borde del precipicio. Referenciales internos idealizados e infantiles *Quiero y quiero, de verdad, estar en un lugar como un mar de rosas* la conducen a actitudes radicales.

Encrucijadas de deseos, misterios, retos y descubrimientos, falta de experiencia, conflictos entre las partes de su mundo subjetivo y la realidad exterior, todo ello son condiciones inherentes a la adolescencia y provocan que la joven sienta que está en un mundo sucio y oscuro. Quiere encontrar otro mundo diferente, idealizado y expresado con sus palabras: *“Que la oscuridad de este mundo sea sustituida por una claridad pura en mis ojos”*. Ella se olvida o no sabe que la pura claridad, si es demasiado intensa, también enceguece.

A todo lo mencionado se le deben agregar las cuestiones inherentes a la dinámica familiar, que se transforma con la adolescencia de los hijos, coincidiendo con la segunda adolescencia de los padres, la “envejecencia”. A menudo el joven puede ser sujeto, objeto o simplemente el emergente de conflictos familiares que amplían la complejidad del proceso evolutivo.

La poesía que vimos antes, escrita en un momento crucial de la vida de Alessandra, revela un estado mental poco flexible, determinista y autoritario. Al no poder soportar el conjunto de sentimientos y deseos contradictorios, se defiende de las angustias cortando la percepción de las realidades interna y externa. Como consecuencia de ello, no alcanza a vislumbrar la esperanza, *“No logro ver la salida”*. El alto grado de radicalismo, idealización y negación de la realidad la lleva a querer *“de verdad, estar en un lugar como un mar de rosas”*, perfumado y libre de aspectos negativos y frustrantes. Su mundo subjetivo está dominado por una visión parcial del universo afectivo.

Al buscar un mundo radicalmente idealizado, Alessandra no se da cuenta de que se está haciendo trampas al no ver ninguna salida. Esos son movimientos inconscientes. Probablemente todas las salidas tengan algún elemento frustrante contra el cual, ella no quiera luchar o crea que no puede soportar. Alessandra es muy inteligente y sensible para manifestar aspectos parciales de su mundo interior. Pero se encuentra muy lejos de poder establecer una mayor integración entre sus sentimientos antagónicos. No encuentra la forma de incorporarlos a su yo, transformarlos en afectos, en elementos simbólicos. Parece que se siente impedida de aliviar su angustia y recuperar su autoestima. Sólo le queda, como salida, refugiarse en el lugar donde ella presume que haya paz.

El hecho de estar presionada por la vida pulsional, hace que sus deseos eróticos y agresivos se mezclen en los redescubrimientos de la vida objetiva y de sus potencialidades físicas, psicológicas, intelectuales, afectivas y sociales. Ella quiere liberarse de sí misma, de su dependencia infantil, de los padres de la infancia y también anhela reestructurar su mundo subjetivo.

Es la lucha entre el bien y el mal que vive la humanidad. En el adolescente, ese combate emerge con la fuerza de la juventud y con la severidad de un superyó a veces protector y otras, vengativo, amenazado por la creatividad que emerge.

Winnicott (1975) en “La creatividad y sus orígenes”, en el capítulo *Jugar y la realidad*, sostiene que es la creatividad la que da “el colorido a toda actitud en relación a la realidad externa”, y que es por medio de la “apercepción creativa” que el individuo siente que la vida es digna de ser vivida. La escisión en la que Alessandra está sumergida le impide distinguir los elementos positivos y constructivos de su ser, buscando pureza y paz en un mundo idealizado que ella supone que lo encontrará en la muerte.

Alessandra quería conocer la vida, pero tenía miedo a sus impulsos sexuales, agresivos y a las frustraciones que provocan las experiencias emocionales. Sus propios versos, 3 y 5 años más tarde, nuevamente demuestran, con transparencia y autenticidad, la evolución estructural, dinámica y económica de su actividad mental profunda.

Integración, criterio de realidad, predominio de la posición depresiva, mayor percepción de la realidad interna y exterior, todo refleja el reencuentro del eje interior alrededor del cual circundan y se mezclan sus afectos.

Adquiere consciencia de sus límites personales sin que ello denigre su autoimagen y sin destruirle la esperanza, chispa de la vida.

El paso del tiempo (a los 21 y 23 años) revela la consistencia de los nuevos logros de Alessandra en cuanto a la manera de lidiar con sus fantasías, aumento de capacidad para soportar las frustraciones, mejor manejo de la agresividad, adecuación a los mecanismos defensivos del yo, y una tolerancia superyoica más grande que antes. Se ve claramente la disponibilidad adquirida para luchar con los propios límites en el mantenimiento de estados de equilibrio y coherencia internos entre sus aspectos constructivos, destructivos y creativos.

*Un día, yo me desperté
deseando abrazar al mundo y sus problemas,
pero no lo logré.*

*Un día, yo me desperté
deseando solucionar todas mis dudas,
pero no lo logré.*

*Un día, yo me desperté
deseando que mi amor no partiera,
pero él se me fue.*

*Un día, yo me desperté
simplemente desperté,
y logré SER... FELIZ.*

(Alessandra, 21 años)

ESPERANZA

*La esperanza es lo más lindo que hay
en la vida de un hombre.
Tener esperanza es tener vida, es tener amor;
Tener esperanza es querer aguardar el mañana,
es poder vislumbrar mil puertas abiertas;
es poder soñar, otra vez, con verdes campos,
con días de sol y pasión.
Es dejarse irradiar interiormente por la
magnitud de la vida;
es poder sacar de la profundidad del alma
la fuerza para la lucha, conquista y, al fin,
poder saborear la victoria.*

(Alessandra, 23 años)

Claudia es una adolescente que recién cumplió 13 años. Ella está viviendo la turbulencia característica de ese período. Ella no representa a la mayoría de los adolescentes brasileños porque tiene el privilegio de pertenecer a la clase media; por eso no pasa hambre, tiene una familia constituida y puede ir a la escuela. O sea que posee las mínimas condiciones necesarias como para lograr niveles adecuados de desarrollo físico y mental.

Tuve la oportunidad de conocerla después de que murió una amiga suya y cuando predominaban las notas bajas en la escuela. Ese período culminó con la ingestión de comprimidos para dormir (los que su madre usaba ocasionalmente) mezclados con alcohol. Claudia creía que no quería suicidarse. Estaba confundida, y le tenía mucho miedo a la reacción que sus padres tendrían cuando se enteraran de sus bajas notas escolares. Sufría mucho y lo único que anhelaba era un poco de paz. Ni siquiera sabía por qué reaccionó de esa manera: “yo, solamente, quería dormir, olvidarme de todo”.

Ella tuvo una infancia aparentemente feliz, dentro de una familia estable y bien constituida. Sus padres se consideran modernos, accesibles y abiertos al diálogo. La mamá se define como una persona de carácter fuerte, marcante y objetiva. Es muy linda, ansiosa, compite con su hija, y está tolerando de una manera deficiente la lucha de Claudia para emanciparse. Tiene miedo del comportamiento atrevido y poco consecuente de su hija, según sus propios modelos e ideales de comportamiento. Ella está perdiendo el control que tenía sobre su hija, y eso hace que se sienta muy mal.

El papá, de aspecto atlético, se presenta como más tolerante. Él sugiere que, a lo mejor no están siendo capaces de seguir el ritmo de crecimiento de la hija. Por momentos la tratan como a una niña, y en otras circunstancias esperan que ella “se porte de una manera más adecuada a la edad que tiene: ordenar la habitación, dormir a la hora establecida, vincularse con las amistades sugeridas por los padres y no pelearse con el hermano, porque ya es grande”.

En realidad, Claudia es muy alta para sus 13 años. Mide 1,70 m de altura y su primera menstruación apareció hace un año. Es una joven muy linda, esbelta y sensual. Su rostro es una mezcla de inocencia y seducción. Ella dice que se siente confundida con sus propios comportamientos oscilantes, entre el imprevisto deseo de jugar a las muñecas y la fuerza de la

pasión. Con las muñecas todavía juega a las escondidas. Sospecha que pueda no ser adecuado a su edad, pero cuando es invadida por la pasión, ella se siente excitada al imaginar que está al lado de alguien.

Su mejor amiga tiene novio, y Claudia está siempre con ellos. Ella se justifica: “me gusta mucho mi amiga, pero me parece que él también me gusta. ¿¡Qué sé yo!?. Todo eso es un lío.”

Me cuenta que hay momentos en los que tiene muchas ganas de “hacer cosas malas”. Sabe que si se enteran los padres se van a enojar muchísimo, pero “hay algo dentro de mí que, es suficiente con que mis padres me lo prohíban como para que yo vaya y ñácate, lo haga. Y me parece que no me arrepiento de eso”.

A menudo discute con la mamá: “ella me controla mucho. ¿Dónde estuviste?; ¿por qué tardaste tanto?; ¿con quién estabas?”. Al mismo tiempo en que se muestra independiente, autosuficiente, admite ser desordenada. Deja todo tirado por la casa: las zapatillas en el comedor, las medias por el pasillo, la ropa tirada en una silla y los libros sobre la mesa de la cocina.

Tiene arranques explosivos, a veces sin ningún motivo aparente y otras veces, es muy cariñosa. Ella le usa las ropas a la madre, pero basta con que su mamá se arregle bien para que Claudia le encuentre algún defecto o la critique duramente.

Las tentativas de dialogar en el sentido convencional no siempre son posibles y tienden a terminar en discusiones en las que cada una defiende su punto de vista, esperando de la otra algo que ella no es. Últimamente ha estado más impulsiva, inquieta e inestable en cuanto a su estado de ánimo. Lloro con más facilidad, como también se ríe de buena gana.

Claudia es informal, de fácil contacto. Tiene un espíritu crítico desarrollado, pero reacciona con aparente desprecio en relación a muchas de sus conductas. Dice que no le importa lo que puedan llegar a decir o comentar de ella: “Me importa un pito si me encuentran paseando porque me hice la rabona”, se expresa de esa manera mientras se encoge de hombros en señal de desprecio.

Los padres de Claudia describen sus propias adolescencias, cómo enfrentaron a sus propios padres para conquistar nuevos espacios y tener

experiencia. Resaltan la intensidad de las reacciones de Claudia, inclusive las hostiles o sea: la manera como lucha para defender sus intereses o las artimañas que usa para lograr sus objetivos.

No me detendré analizando las vicisitudes específicas del desarrollo de esa joven. Sin embargo, Claudia nos da la oportunidad para conocer muchos de los mecanismos por los que pasan por ese complejo y rico período de la vida, pleno de transformaciones biológicas, psicológicas y sociales.

La historia de Claudia y la observación proveniente de la relación psicoanalítica me permiten hacer algunas consideraciones a partir de las manifestaciones relacionales, más específicamente, en el nivel transferencial-contratransferencial, al respecto de la evolución de los movimientos pulsionales, de las relaciones de objeto interno y mundo exterior, de la organización estructural que envuelve el *self* y sus relaciones narcisistas, del yo y del superyó.

Ese conjunto de factores interacciona en la organización, formación y expansión del sentimiento de ser y de conocer. Ellos son elementos que coparticipan del proceso de identificación.

Usando una expresión creada por Erikson (1960), epigénesis, se puede decir que la búsqueda de una identidad se hace por medio de un proceso continuo, caracterizado por etapas críticas del desarrollo, que se organizan en forma dinámica. Esas etapas sirven de sustrato para la organización de los nuevos niveles de desarrollo y función.

Progresiones y regresiones ocurren durante el proceso evolutivo, así como también períodos críticos que posibilitan la aparición de nuevas actitudes y relaciones ínter e intrapsíquicas, las que dan lugar a un proceso mental dinámico y creativo.

La experiencia emocional vivida en el transcurso de ese proceso, cuando es incorporada a la personalidad, fertiliza la expansión del ser y del conocer. Abre las puertas para la vida creativa, no solamente vinculada con lo sensorial, sino también estimulada en el encuentro con lo no-sensorial, expandiendo de esa manera la capacidad de sentir, pensar, optar y de actuar.

El proceso de identificación del adolescente está íntimamente ligado a la organización del aparato psíquico primitivo y a sus etapas subsiguientes,

durante la infancia, con énfasis para revivir el conflicto edípico prematuro, según la teoría kleiniana, y posterior, tal como es descrito por Freud.

La crisis de identidad del adolescente es consecuencia, *grosso modo*, de dos fuerzas que son antagónicas: una que lo impele a la vida adulta, y otra, que lo atrae hacia “los privilegios” o características de la vida infantil. Se dice que el adolescente desea mantener las ventajas de la vida infantil y adquirir las de la vida adulta sin tener que pagar sus consecuencias.

Esa fuerza que lo impulsa hacia la vida adulta está íntimamente ligada a la aparición de la sexualidad adulta, asociada a la capacidad reproductora, como a la reorganización yoica y del sistema de valores. En esta lucha para adaptarse a las transformaciones, productos de esa revolución biopsicosocial, inherentes a la pubertad y a la etapa inicial de la adolescencia, ocurre la aparición de un conjunto de mecanismos característicos de la infancia, y principalmente de los que representan a los estados primitivos de la mente.

Denomino estados primitivos de la mente al conjunto de manifestaciones psíquicas que caracterizan a la estructura del self primitivo en cuanto a los aspectos narcisistas y su capacidad de integración en el desarrollo de los núcleos yoicos.

En ese período, prevalecen las relaciones de objeto parcial, cuando el self y objeto se presentan sin diferenciarse. Es la fase que antecede al desarrollo de la representación simbólica, cuando son intensas las ansiedades de naturaleza catastrófica y las defensas primitivas como identificaciones adhesivas e identificaciones proyectivas.

No me detendré en el estudio de las características de la mente primitiva, pero deseo resaltar algunos conceptos que contribuyen para llegar a una mejor comprensión del proceso de identificación del adolescente, en sus diferentes etapas. Estas involucran el estudio del narcisismo, de la relación primitiva self / objeto y de los orígenes de la organización yoica.

En primer lugar abordaré las características emocionales del final del período de latencia y del ingreso a la adolescencia, de modo que pueda proveerme de elementos que puedan ser clínicamente identificados por las manifestaciones de la vida afectiva dadas por Claudia.

Posteriormente tomaré, como puntos de referencia, las ideas de Freud, Aberastury y Knobel, Mahler, Bleger como también elementos de la teoría del self (Kohut, Storolow y Kernberg, entre otros) que, a mi modo de ver, ofrecen importantes contribuciones para la comprensión de los movimientos psíquicos de esa etapa del desarrollo emocional.

FINAL DEL PERÍODO DE LATENCIA - PUBERTAD- COMIENZO DE LA ADOLESCENCIA.

Las diferencias psíquicas que existen entre el final del período de latencia y la aparición de la pubertad representan un contraste extraordinario. Freud (1905) en los “Tres ensayos para una teoría sexual” describió el período de latencia, caracterizado por una casi escisión entre los intereses y fantasías ligados a la sexualidad y los intereses yoicos vinculados a la vida social e intelectual.

En esa etapa hay una ampliación del campo de intereses ligados a la vida de relación, tales como valores éticos, morales, sociales, cuestiones técnicas y estéticas. Una separación muy evidente ocurre entre las actividades y los intereses de los chicos y las chicas. Intensos mecanismos de represión y defensas de carácter obsesivo aparecen frente a conflictos primitivos que hasta entonces no fueron suficientemente elaborados por el yo. Gracias a esos mecanismos de defensa del yo, se produce un aumento de la capacidad de tolerar la tensión, con una liberación más grande del yo para el desarrollo del aprendizaje y organización de la vida ante la realidad objetiva.

La superación satisfactoria de los conflictos edípicos permite la sublimación de los impulsos sexuales, transformando las relaciones primitivas establecidas con los objetos externos e internos en aspectos de su identidad. El yo y los ideales del yo trabajan en sintonía.

Amaral (1969) subraya que durante la latencia ocurre la elaboración de angustias persecutorias y depresivas, resultando de esas actividades psíquicas un cierto desarrollo del yo. “Los mecanismos reactivos de vergüenza, asco, miedo, escrúpulos excesivos y limpieza exagerada se activan en el sentido de la lucha defensiva contra la masturbación y contra la sexualidad de los adultos, que es deplorada. En ese combate defensivo, la escisión se refuerza, se consolidan las figuras idealizadas y las denigradas”. Luego, agrega: “El mecanismo obsesivo de control omnipotente no solamente se ejerce en

relación a la sexualidad sino que llega a una esfera más amplia. De ese modo, todo lo que implica una diferencia es profundamente acentuado, habiendo un abismo casi insuperable por ejemplo, entre lo real y lo imaginario, el cuerpo y la mente, el adulto y el niño, lo femenino y lo masculino, lo idealizado y lo persecutorio. Los diferentes aspectos son considerados como antagónicos y rígidamente mantenidos de manera alejada”.

“En ese clima, la vida psíquica del chico o de la niña se fortalece en sus aspectos racional e intelectual, y sufre alteraciones en el sentido de la fantasía. Las fantasías vinculadas con los padres como objeto de interés son recaladas, y lo imaginario se desarrolla en relación al hombre fantástico y al hombre-máquina, a las comunicaciones interplanetarias, a los sucesos sobrehumanos; el hombre que se admira es una especie de superman, el invencible, invulnerable. Los sentimientos de ternura, de cariño son sustituidos por el ideal de insensibilidad, de superación de los sentimientos que causan dolor”.

“El interés casi exclusivo del chico o de la chica, en el período de latencia, por los de la misma edad y por las aventuras extraordinarias favorece el aislamiento en relación al adulto. El adulto es mantenido a la distancia, dejado de lado. Controlando la realidad externa, se evitan los estímulos eróticos, y son superadas las frustraciones”.

“En el mundo interno, los padres son dejados separados y omnipotentemente controlados. Recalcando las fantasías de los padres sádicamente unidos, aparecen las fantasías de los padres desexualizados, que son un elemento perturbador porque son tenidos como ultraexigentes y continuamente están obligando a hacer trabajos, aprendizajes, realizaciones, solamente para su engrandecimiento, sin tener la más mínima consideración para con sus hijos. Esos padres internos deben ser aplacados y son sentidos como verdaderos monstruos debido a las exigencias insaciables que manifiestan”.

Concomitantemente a esos procesos intrínsecos de la actividad psíquica aparece un mayor desarrollo de las capacidades físicas y mentales. El yo, al estar robustecido, les permite - al chico o a la chica - una más grande independencia del ambiente y un mejor desempeño de las funciones psíquicas reguladoras. Se trata de un período de mayor estabilidad emocional.

Al final de la etapa de latencia ya se pueden percibir las manifestaciones psíquicas de la pubertad en niveles preconsciente e inconsciente. Eso es posible por medio de proyecciones visibles en los dibujos, en las representaciones escénicas, o por *acting outs* precediendo a

las transformaciones somáticas. Por ejemplo, en algunas niñas de 9 ó 10 años que todavía no presentan, en nivel clínico-orgánico, ninguna señal de la pubertad, pero que en sus dibujos expresan ansiedades relacionadas con la menstruación (sangrados, heridas) se puede suponer que existe un conocimiento inconsciente o preconscious de que la menstruación está por llegar. Otras veces se da lo contrario: el desarrollo yoico es más lento en relación al rápido e intenso desarrollo corporal con el consiguiente aumento de estatura y de peso, y al desarrollo de los caracteres sexuales primarios y secundarios.

El desarrollo yoico puede caracterizarse por un incremento de las defensas obsesivas y de lo reprimido como una tentativa inconsciente de prolongar la permanencia en el período de latencia. El *yo* también puede sufrir una regresión defensiva ante las angustias que aparecen de esas transformaciones abruptas e incontrolables, siendo producto de las presiones instintivas agresivas, destructivas y sexuales.

En ese período son frecuentes los juegos de naturaleza homosexual, ocurriendo una separación espontánea en las actividades entre los niños y las niñas, organizándose las “barras” exclusivamente de chicos o de chicas. En esas actividades hay un sentido masturbatorio y exhibicionista, reflejando el comienzo del aprendizaje de su identidad genital.

Lebovici y Soulé (1972) afirman que en el período preadolescente los sueños diurnos son frecuentes, tienen un carácter masturbatorio y se organizan en niveles preconscious. La fuerza de la supresión, no de la represión, les impide una acción más directa. Esos sueños diurnos se caracterizan por ser muy trabajados y distantes de la relación de las pulsiones que los organizan. Tienen un fuerte contenido sadomasoquista. Revelan un estado de interpenetración de las pulsiones agresivas, destructivas y libidinales, a semejanza de lo que ocurre con las pulsiones indiferenciadas del bebé.

En la pubertad las pulsiones aparecen, invaden al *yo*, el que es insuficiente como para administrarlas, causando así un transborde de afectos y actitudes comportamentales que serán más o menos controladas por la acción superyoica. El superyó, a su vez, todavía no introyectó a los nuevos modelos identificatorios, adultos, capaces de posibilitar un equilibrio yoico satisfactorio. El joven quiere ser adulto, pero todavía no sabe cómo serlo.

Durante el período de latencia, “el yo y el superyó están persiguiendo un fin común: lograr una adaptación al ambiente, adoptando ideales del yo pertenecientes a ese ambiente”. (Klein, 1969).

En la pubertad se rompe la armonía que existía entre los ideales del yo y el ambiente. Surge un carácter de urgencia instintiva que, por un lado determina el fin del período de latencia y, por el otro, debido al aumento de las tensiones pulsionales y en consecuencia a las perturbaciones en las relaciones entre el yo y el superyó, produce un resurgimiento de los aspectos de la pregenitalidad. La búsqueda de una identidad adulta - sexual, cognitiva y social - desorganiza al equilibrio de la relación entre el yo y el superyó, creando de esa manera, una extensa área de conflictos.

En el comienzo de la adolescencia cualquier estímulo puede transformarse en sexual, en el sentido de aumento de la excitabilidad, sin que el estímulo esté obligatoriamente vinculado a una erotización. Las situaciones que generan ansiedad, expectativa, miedo o valentía pueden elevar el nivel de tensión y conducir a la erección o polución diurna, las que son medios de descargas de catexis. En ese período hay una etapa de alejamiento de los objetos amorosos de la infancia hasta que surge una nueva fase, en la cual aparece la erotización. En ese momento empieza un período de fantasías masturbatorias y la búsqueda de nuevos objetos de cargas amorosas o sexuales.

Los primeros nuevos objetos de investidura amorosa y sexual son, por lo general, los amigos del mismo sexo. Son unos fieles compañeros, con los que mantienen las más íntimas confidencias y relaciones. Esos amigos representan algo narcisista, más cercano a un objeto idealizado de sí mismo y proyectado en el otro. En ese momento no existe una nítida definición de la identidad sexual como un sentimiento de definición de género, o sea, de masculino o femenino, aunque conscientemente no existan dudas en cuanto al sexo anatómico.

Alrededor de los 13-14 años es muy común que el joven tenga miedo de ser considerado un “maricón”, un homosexual, por sus propios compañeros, debido a un vínculo más intenso con algún amigo del mismo sexo. Tiene miedo a dar la impresión externa de algún aspecto femenino de su personalidad tal como una sensibilidad artística o estética aguzadas. Las contrarreacciones machistas son habituales como mecanismos defensivos ante la elección objetal narcisista de investidura amorosa o sexual. En esa

etapa la fijación podrá llevar a actitudes latentes o manifiestas de la homosexualidad. Estos procesos también pueden ser observados, de manera similar, entre las niñas.

Las chicas también eligen narcisistamente su objeto de carga amorosa en alguna compañera, concomitantemente a la aparición de momentos agresivos, dando una coloración fálica a esas manifestaciones. Les gusta conversar por largo tiempo y disfrutan de un inmenso placer al descubrir su sensualidad y aumentar su coquetería.

Siguiendo el proceso evolutivo, movilizado por la “organización jerárquica de los impulsos y de su carácter definitivo e irreversible” (Blos, 1962), y después de haber sido vencidas las fantasías de la castración y el miedo a lo desconocido del sexo opuesto, y ante las propias manifestaciones genitales, es en ese momento que va a empezar la búsqueda del objeto heterosexual.

La madurez biológica, producto de las transformaciones hormonales, significa un éxito biológico y posibilita nuevas metas en relación a los caminos que serán recorridos por las pulsiones, en el encuentro de objetos que lleguen a gratificar a los deseos agresivos y libidinales. Ese movimiento pulsional llegará a su punto cúlmine con el desarrollo de una identidad sexual adulta, por medio de una relación egosintónica. Hasta que alcance ese nivel de desarrollo, el joven atraviesa un conturbado proceso de reestructuración yoica. En este proceso mencionado entran en juego la biografía del individuo, las características cualitativas y cuantitativas de los primeros lazos afectivos y la organización estructural, dinámica y económica del aparato mental.

Al llegar a la etapa de la adolescencia propiamente dicha, las fantasías se convierten, nítidamente, en masturbatorias y son muy poco trabajadas al nivel de su expresión yoica. Un estado de mayor discriminación ocurre con la evolución del proceso de identificación.

CORRELACIÓN TEÓRICO-CLÍNICA

Por medio de la historia clínica de Claudia podemos correlacionar la teoría con la clínica, o mejor, una teoría extraída de la clínica, a partir de ciertos conceptos psicoanalíticos de un modelo de funcionamiento mental.

Claudia, durante la latencia, fue una chica estable, obediente, de buen comportamiento, razonablemente organizada en relación a sus quehaceres, y con muchas amistades. Era una buena deportista, sensata en la convivencia con los padres, pasando por momentos de eventuales conflictos con ellos y con los hermanos.

Ahora, vive una etapa contrastante. Su rápido desarrollo físico le da un sentimiento de extrañeza relacionado con la nueva forma de su cuerpo. Piensa que está gorda. Para ella, los pechos representan un motivo de orgullo y altivez, pero le dan vergüenza y una sensación de volumen como si no hiciera parte de su cuerpo pero, así y todo, necesita aceptarlos en su nuevo esquema corporal. Le gusta mucho mirarse en el espejo y parece que nunca se siente satisfecha con lo que ve. Debido a su gran estatura, muchos la tratan como si fuera adulta y, a veces, ella exige ese tratamiento. En contraposición, manifiesta reacciones impulsivas, irracionales, caprichosas, de omnipotencia, de desorganización y de negación frente a situaciones que fue capaz de tolerar. Ella, muchas veces, no sabe por qué agrede a los padres y hermanos ante motivos tontos e inclusive, a menudo, sin haber ningún motivo. En esa misma línea de sentimientos, Claudia no se entiende y tampoco se controla frente a las ganas de irritar a los padres, aunque sepa que después ella va a sufrir. No quiere pensar en eso; si tiene ganas lo hace y listo. No se preocupa con las consecuencias de sus actos y sí con los cambios de conducta en relación a lo que ella era antes. En los momentos de mayor ansiedad, desea librarse de la situación, reproduciendo más el funcionamiento psíquico del bebé que anhela descargar un estado de tensión (prevalece el proceso primario) en vez de transformarlo en otro estado de mente, por medio de la elaboración del pensamiento (proceso secundario).

Sin embargo, al darse cuenta de esas características, está poniendo en práctica su capacidad de transformación mental caracterizando a la coexistencia contrastante de los procesos más primitivos y actuales de funcionamiento del aparato psíquico.

Claudia vive intensamente la dinámica oscilante del paso de la posición esquizoparanoide a la depresiva, con predominio de la primera en las situaciones de mayor ansiedad, reflejando la gran vulnerabilidad yoica, propia de ese movimiento psíquico reestructurante.

Los estados reivindicativo y conflictivo son evidentes en relación a los padres. Tanto lo que ella relata de esa relación como lo que vive en la

relación transferencial, durante su análisis conmigo, está cargado de ambigüedades y contradicciones. En un nivel más primitivo, el amar y el odiar están fusionados, mal diferenciados. Los otros niveles puede sentirlos más diferenciados. Afectos antagónicos ante los objetos de amor y de odio son vividos de forma escindida y ansiógena. La situación o persona es sentida como totalmente buena o completamente mala, predominando una relación de objeto parcial. O sea que, por un momento los padres son sentidos dentro de un estado de confusión como si fueran unos verdaderos enemigos, fuente que le inspira mucho desprecio y un momento después, ellos se convierten en merecedores de un profundo amor. Cualquier tipo de frustración es suficiente como para que los padres se conviertan en seres completamente malos.

En otros momentos, Claudia es capaz de entrar en un estado de depresión reparadora. En ese estado, identifica sus aspectos destructivos y amorosos, reincorporando a sus padres internos en un nivel de relación más maduro. Frente a esas bruscas oscilaciones, Claudia busca una condición de continencia afectiva. A veces sale de casa y se queda, por un largo tiempo, sentada, sola, en la escalera del edificio. Otras veces, se encierra en su habitación en busca de un confortable estado regresivo para reorganizar su autoestima y reintegrar a su self. En esos momentos hay un profundo sentimiento de soledad y desamparo.

Esos mecanismos defensivos tienen el objetivo de mantener el equilibrio yoico. Los padres ya no representan el apoyo o continente de sus ansiedades, y la libido todavía no encontró a su nuevo objeto de investidura.

En esas circunstancias, surgen los mecanismos defensivos, tales como el aislamiento, la depresión y regresión. Claudia simplemente se quería alejar de las tensiones al ingerir tranquilizantes junto con una bebida alcohólica. Se puede decir lo mismo de ella cuando se aísla en las escaleras del edificio donde vive. Esas actuaciones (*acting out*) son frecuentes y pueden adquirir una coloración delictiva.

Otro joven, que también tenía 13 años, cuando él se sentía solo, frustrado y sin cariño llegaba a agrardarse realizando actos de vandalismo. Subía por los techos de las casas y realizaba pequeños hurtos; a veces hostilizaba a cualquier tipo de autoridad. Parecía que ese modo de actuar era hecho con la finalidad de solicitar cuidados y atención.

Elaboré la hipótesis de que la instancia que regula y mantiene a la autoestima (el superyó) estaba con su capacidad disminuida por medio de la

desinvertidura de catexis de las figuras primarias (primeros modelos identificatorios). Las funciones defensivas del yo se encuentran debilitadas a consecuencia de las presiones pulsionales, generando comportamientos cuya función era la de crear la oportunidad para establecer una relación sádica de continencia.

Ese movimiento regresivo mencionado tenía, también, una función económica y temporal de darle al yo las condiciones para que pudiera enfrentar las nuevas configuraciones internas y externas, intra e interpersonales, que se crean debido a la evolución de los conflictos. Era un tiempo necesario para la elaboración, a consecuencia de un sentimiento de desestructuración del yo y del self. La hipótesis que fue levantada consistió en que esos sentimientos eran producto de la intensidad de las manifestaciones pulsionales, de los mecanismos de ruptura en relación a los objetos primarios de amor (los padres de la infancia), y de la ausencia de catexis de los padres actuales y los consecuentes valores sublimados de esas relaciones.

En esas circunstancias de descargas y de inestabilidad, predominan los intensos mecanismos de identificación proyectiva y otros que anteceden a esa etapa del desarrollo mental, y que muchos autores contemporáneos engloban dentro de los “estados primitivos de la mente”, expresión utilizada por los autores neokleinianos como Meltzer (1973).

Aparecen múltiples aspectos contradictorios de la personalidad del adolescente, tales como el querer crecer y al mismo tiempo permanecer como un niño, o entonces partes del self que son escindidas y proyectadas fuera de él. Al mismo tiempo se puede observar la existencia de ataques a los padres internos (padres de la infancia) y a los padres reales. Estos son, tanto representantes de los padres de la infancia, acogedores, protectores y guías, como también se convierten en los más terribles enemigos que deben ser destruidos. Hay momentos en los que se confunde lo real y lo imaginario, pudiendo llegar a crear cuadros de difícil distinción entre los límites de lo normal y lo patológico. Esas configuraciones psíquicas van a depender de la estructuración de las bases de la personalidad primitiva, de su biografía y del modo como la familia y el ambiente lidian en la actualidad con el proceso global de las transformaciones.

Los cuadros clínicos de naturaleza neurótica, deficitaria, borderline, psicopáticos o “estados confusionales” pueden ser identificados, siendo

necesario un tiempo prolongado de observación a tal efecto (diagnóstico longitudinal) para que se pueda evaluar la organización y la rigidez de esas estructuras, si son transitorias o estables en la configuración de la personalidad, con dificultades evidentes de la capacidad discriminatoria.

Por ejemplo, en el caso de Claudia, ella se refiere al hecho de que no sabe si realmente le gusta el novio de su amiga debido a las características físicas del chico o porque le gusta mucho su propia amiga, como si él fuera una especie de prolongación de la amiga. En esa situación hay una cierta confusión en relación a la discriminación del objeto de afecto y también de su identidad de género. O sea que, se siente incómoda frente a un sentimiento ambiguo relacionado a la bisexualidad, por la naturaleza de los amores homo y heterosexual y la posibilidad de integrar esos aspectos a su personalidad. Se siente atraída sexual y afectivamente por ambos, sin que pueda hacer una nítida separación en relación a la naturaleza sexual y sublimada de los afectos.

También existiría una cuestión vinculada con la envidia y la admiración. Su amiga posee algo que ella no tiene. Por el lado de la envidia, el hecho de no tener novio es frustrante (deseo de robar al novio de la otra); por otro, es una posibilidad de identificarse con ella para tener lo que ella tiene (conseguir un novio propio).

Otro aspecto que Claudia expresa con nitidez está relacionado a las alteraciones en la relación espacio/tiempo. Ella se refiere al deseo de hacer cosas malas, como volver tarde, dejar los objetos esparcidos por toda la casa, contestar mal a los padres, hacerse la rabona y beber o fumar a escondidas.

En esos hechos existe una nítida cuestión de enfrentamiento a la autoridad constituida, debido al deseo de instituir su propia autoridad. Para ello, realiza la subversión de los deseos y de la autoridad, en busca de su emancipación. Oponiéndose al sistema de valores constituidos, en un principio en el ambiente familiar, ella está creando nuevos espacios para sus experiencias emocionales.

A esa búsqueda de nuevos espacios yo la denomino “cambios de la geografía psíquica”, a medida que busca reestructurar, definiendo las nuevas configuraciones, la distribución de sus afectos en la relación de objeto y del self. Es dable observar que, a menudo, deja rastros de sus actitudes subversivas, en una posición un tanto pueril y exhibicionista, pero

simbolizando la ruptura del monopolio parental en la redefinición de los espacios privados y comunitarios, tanto en su mundo interno como en el mundo real. Su yo, en nivel corporal y mental, está buscando definir los nuevos contornos en una flamante relación tiempo-espacio, impuestos por las transformaciones biológicas, psicológicas y sociales, con sus nuevas atribuciones: sexualidad genital, capacidad reproductora y aumento de las potencialidades en los planos intelectual, social y afectivo.

En su rivalidad con los padres, predominantemente con la mamá, ella pone en evidencia los conflictos preedípicos y edípicos. Al mismo tiempo en que se identifica con la madre-mujer, disputando el uso del ropero materno, necesita despreciarla como una figura rival y amenazadora.

En su análisis, en la relación transferencial / contratransferencial, se vive una mezcla de sensualidad, ingenuidad, pureza, malicia y seducción perversa. Desea y rechaza. Quiere sentirse mujer y ser una niña. Los diálogos que mantiene son entremezclados por momentos de contrariedades y explosiones, revelando la impulsividad y un yo todavía muy poco dialéctico, lo que se puede observar por medio de la organización de su pensamiento y de las características de su comunicación verbal.

Ella usa menos las palabras para comunicarse que su cuerpo. Lo no verbal se manifiesta por medio del clima, de lo intuitivo de la relación, de la mímica, los gestos, la conducta y la representación. Las palabras, tal como lo veremos en el capítulo “El Proceso Psicoanalítico”, son usadas de una manera muy poco específica y con amplio campo semántico, expresando un elevado grado de condensación y desplazamiento: “está bien”, “chapamos”, “supergenial”, “tranqui”, “apretamos”, expresiones comunes del vocabulario cotidiano del adolescente en la actualidad.

ADOLESCENCIA PROPIAMENTE DICHA

Las manifestaciones mencionadas, de la adolescencia, pueden tener un carácter tan intenso y desagregador del yo que llevan a autores tales como Aberastury y Knobel (1971) a considerar las características de ese período como un “síndrome normal de la adolescencia”.

Para esos autores, el síndrome normal de la adolescencia se caracteriza por:

1-búsqueda de sí mismo y de la identidad; 2- tendencia grupal; 3- necesidad de intelectualizar y fantasear; 4- crisis religiosas que pueden ir desde el ateísmo más radical hasta el misticismo más apasionado; 5- desorientación temporal cuando el pensamiento adquiere las características de pensamiento primario; 6- evolución sexual manifiesta, que va desde el autoerotismo hasta la heterosexualidad genital adulta; 7- actitud social reivindicatoria con tendencias anti o asociales de diversa intensidad; 8- excesivas contradicciones en todas las manifestaciones de conducta, dominadas por la acción, que constituye la forma de expresión conceptual más típica de ese período de la vida; 9- separación progresiva de la influencia de los padres y 10- constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo.

Con cierta frecuencia el joven puede presentar alteraciones de conducta de tal magnitud que se hace difícil poder discriminar el punto de ruptura entre las variaciones de la normalidad y lo que se podría llegar a considerar como una organización psicopatológica.

Se trata, la mayoría de las veces, de una cuestión funcional durante el proceso de reestructuración de la personalidad, y que podrá o no dejar secuelas estructurales. El pronóstico dependerá de cómo ocurre, en cada caso en particular, la evolución y la resolución del proceso intrínseco de identificación y su interacción con el medio ambiente. También va a depender de la flexibilidad de los mecanismos defensivos, del grado de fijación y regresión y de la posibilidad de redistribución de las catexis.

La aparición de procesos psíquicos primitivos, como la escisión, negación de la realidad, omnipotencia, identificación proyectiva y adhesiva, estados autísticos, momentos de indiscriminación entre realidades interna y externa, ataque a las identificaciones primitivas, dificultades en la desimbiotización en relación al objeto primitivo, todo eso favorece la constitución de cuadros clínicos. La psicopatología de esos cuadros clínicos es equivalente a los trastornos psicóticos y de carácter, pero de duración transitoria, tal como lo abordaremos en el capítulo relativo a la discusión diagnóstica.

Vale la pena recordar que éste es un período de extremada vulnerabilidad y es propicio para desencadenar cuadros clínicos que pueden

llegar a estructurarse de manera muy rígida. Teniendo en cuenta que en la adolescencia emergen los procesos psíquicos primitivos, no podemos dejar de subrayar los recientes estudios sobre el psiquismo fetal y sobre los primeros momentos de la vida pre y postparto con sus posibles repercusiones en la adolescencia. Destaco los trabajos de Rascovsky (1960), Bick (1964), Verny (1981), Stern (1992) y, en Brasil, los de Wilhelm (1988, 1992) relacionados con el psiquismo fetal y los de Mélega, por medio de publicaciones realizadas por el Centro de Estudios de las Relaciones Mamá-Bebé-Familia, entre otros autores.

Esos trabajos han contribuido enormemente para una mejor comprensión de muchas de las manifestaciones de los adolescentes, abriendo nuevos campos de investigación. En esa línea de pensamiento también deben ser mencionados los trabajos de Bowlby (1969) sobre el desarrollo de los primeros vínculos que se establecen entre la madre y el bebé.

Los conceptos desarrollados por Winnicott (1971) referentes a las condiciones de *holding*, de objeto y espacio transicionales, de “preocupación materna primaria”, y de “madre suficientemente buena” posibilitan la comprensión de la formación y organización del espacio mental destinado a lo lúdico, a la experiencia por medio de lo imaginario, espacio éste en el que se desarrolla la cultura. También pueden esclarecer las nociones de falso y verdadero self, tan importantes en la formación de la personalidad, principalmente en lo relacionado con el adolescente y su búsqueda de aspectos auténticos del yo.

Los estudios realizados sobre la formación e integración del self permiten identificar la concretización de personalidades “como si”. Ellas se organizan en dependencia de llegar a corresponder a las expectativas que se hacen sobre ellas y en la falta de armonía con un sentimiento de ser lo que realmente son, o establecen relación con una imagen idealizada de sí, desconectada de sus reales posibilidades.

Bion (1962b, 1963, 1965, 1967, 1970) aportó una gran contribución al psicoanálisis. Gracias a él existe una mejor comprensión de las formas normales y patológicas de la identificación proyectiva y sus relaciones con las partes psicóticas y no-psicóticas de la personalidad. Describió varias características del aparato psíquico en cuanto a la capacidad de continencia de la vida pulsional, características del pensamiento y sus relaciones con la

vida afectiva, como también las relaciones entre la experiencia emocional y el conocimiento.

El concepto de “piel psíquica” elaborado por Bick (1968) se refiere a una etapa inicial del desarrollo psíquico que antecede a la noción de formación de espacios mentales internos y externos, previa a las condiciones descritas por Klein en relación a la idealización del self y del objeto. Sobre ellos van a incidir los mecanismos de splitting, con la consecuente escisión del objeto (o del self) en totalmente bueno o malo, característicos de la posición esquizoparanoide.

El concepto de “piel psíquica” se refiere, de manera sintética, a la importancia de la calidad del contacto de piel que existe entre la madre y el bebé, como un factor preponderante en la organización del yo primitivo. La existencia de un sincronismo en ese encuentro epidérmico entre la mamá y su hijo, durante los diversos momentos de la relación entre los dos, le da al bebé la posibilidad de vivenciar la existencia de una coherencia entre sus diferentes partes y afectos.

Cuando ese contacto ocurre fuera de esa condición de suficiente sincronismo, de la acogida deseada, de la frustración soportable para el psiquismo del bebé, la manifestación de la experiencia emocional desagradable, exenta de placer, puede ser de tal dimensión que el bebé parece que va a desparramarse, a perder sus conyunturas, perder su eje psíquico de sustentación, o llegar a ser aniquilado.

Por lo tanto, la función materna sería la de dar las condiciones necesarias como para que el yo elemental o los fragmentos *self-objetos* puedan integrarse a partir de un borde delineado psíquicamente, partiendo de la experiencia emocional introyectada, fruto de la experiencia vivida en la relación con la madre. Eso quiere decir que las fuerzas de integración entre las diferentes partes del bebé son estimuladas a partir de algo que llega de afuera. La piel funcionando como una barrera que protege, contiene y filtra a los estímulos, componiendo un modelo que será introyectado por el aparato psíquico en formación, “la piel psíquica”.

Otra vez subrayo la importancia de los aspectos primitivos durante el proceso de identificación del adolescente. Muchos, entre ellos, presentan problemas en la resolución de cuestiones vinculadas a la dependencia y separación, por dificultades ocurridas durante esas primeras etapas del

desarrollo humano y que se manifiestan en la relación transferencial, durante el proceso psicoanalítico.

Los estudios realizados sobre los objetos y fenómenos autísticos descritos por Tustin (1981), característicos del autismo infantil temprano, pueden ser encontrados como elementos primitivos residuales y defensivos en adolescentes que están viviendo un intenso estado regresivo, durante su proceso de separación-individuación.

Pinol-Douriez (1984) relata una serie de investigaciones neuropsicológicas y sus consecuentes teorías están demostrando las variaciones somatopsíquicas de la relación madre-bebé en la presencia o ausencia de mayor o menor sincronismo entre las diferentes frecuencias existentes en la relación de ambos.

Son reacciones que indican el placer o displacer, prototipos de reacciones afectivas más complejas y elaboradas, representando a los comienzos de las reacciones yoicas y base de futuras representaciones mentales. La frecuencia de las pulsaciones cardíacas, de la respiración, de las mamadas, el ritmo y el estado de tensión en el cual ellas ocurren reproducen esos estados mentales primitivos.

Teorías como la del *imprinting* y los estudios etológicos integrados al psicoanálisis (Nathan, 1983) han contribuido también para la comprensión de los comienzos de la vida mental, aunque en carácter especulativo. Los estudios comparativos entre el comportamiento de ciertas especies de insectos y algunas características del comportamiento humano, como acercarse o alejarse, ataque y defensa, llevan a suponer que en la relación analítica existen movimientos que pueden tener como base a modelos genéticamente definidos.

El conocimiento y la capacidad de aprehensión de esos estados primitivos de la mente son fundamentales para la realización del trabajo psicoanalítico con adolescentes, tanto en nivel diagnóstico como terapéutico. Una gran parte de la comunicación que se establece entre el joven y su analista es hecha por medio de un tipo de comunicación preverbal, inconsciente, por medio de mecanismos de identificación proyectiva y contraidentificación proyectiva, manifestados en la relación transferencial / contratransferencial.

Se acostumbra decir que el “adolescer” se equipara a un segundo nacimiento, visto que las ansiedades y muchos de los movimientos psíquicos son inherentes al comienzo de la vida psíquica y reeditados con gran intensidad durante la adolescencia.

En verdad, esos mecanismos primitivos de la mente nunca dejaron o dejarán totalmente de existir y de expresarse en la conducta humana. Permanecen reprimidos y sometidos a las fuerzas de expresión de los mecanismos psíquicos más actualizados. Los procesos dinámicos en relación a la evolución de la libido, al desarrollo y a la organización yoica sufren movimientos de fijación y de regresión dentro de principios de la economía psíquica, según la metapsicología freudiana.

El proceso de identificación del adolescente implica, por lo tanto, una búsqueda de la identidad adulta que se caracteriza por el deseo de conquistar su emancipación en diferentes niveles: sexual, psicológico y social. Emancipar viene del latín *emancipare*, que significa: Libertar de la patria potestad, de la tutela o de la servidumbre.//Liberarse de cualquier clase de subordinación o dependencia. (Diccionario de la Real Academia Española, 1992:800).

El estudio de ese proceso de identificación, que involucra emancipación y autonomía, puede ser observado bajo diferentes aspectos interdependientes. En el capítulo anterior pudimos ver algunas características de la interacción existente entre las fuerzas internas y externas que participan en la construcción de la identidad. En este capítulo se le dará énfasis a la estructuración y dinámica internas de ese proceso mencionado. La separación apenas tiene una finalidad didáctica ya que el proceso es complejo, simultáneo y sin existir, en la realidad, la separación que aquí se efectúa.

Aclarados esos aspectos, se puede estudiar el proceso de identificación mediante ángulos diferentes: 1) la evolución de la sexualidad en la búsqueda de nuevos objetos; 2) el proceso de pérdidas (duelos); 3) narcisismo y organización yoica; 4) ruptura entre las partes no-discriminada y discriminada; 5) el verdadero y el falso self; 6) transformaciones cognitivas y el aprender con la experiencia.

LA EVOLUCIÓN DE LA SEXUALIDAD

La presión de la pulsión impele al adolescente a buscar nuevos objetivos gratificantes, tanto en la realidad como en el mundo interno. Esa búsqueda en dirección al encuentro del objeto heterosexual hace que la expresión de la sexualidad sufra transformaciones, interfiriendo en la redefinición de la identidad sexual. Vimos que en el comienzo de la adolescencia había un encaminamiento de la libido de naturaleza narcisista, o sea, dirigido hacia el propio individuo. Inclusive cuando el adolescente se relaciona con el otro, en esa etapa, ese otro representa una proyección de aspectos de sí mismo. El otro es vivido de una manera idealizada y ocupa el papel de depositario de las idealizaciones. El objeto que ejerce ese papel tiene como función reproducir al propio sujeto. Alguien que sea su semejante, por lo general del mismo sexo, reproduciendo los aspectos de su propia persona. Con el transcurrir del proceso evolutivo, la relación deja de ser gratificante debido a las presiones instintivas en búsqueda del objeto heterosexual.

Ese nuevo objeto de investidura libidinal es, al principio, un objeto ambiguo ya que posee varios sentidos o es incierto, está discriminado deficientemente, y pasa por un estado de ambivalencia (impulsos y sentimientos contradictorios y opuestos) hasta llegar a una mejor definición en la elección de objeto. Eso ocurre cuando ya existe un mayor grado de discriminación. Se puede comprobar la ambigüedad en la mala discriminación entre los deseos y temores despertados por una excitación que no se sabe muy bien de qué se trata, en qué consiste y tampoco se tiene noción de lo que se debe hacer. Bajo esas circunstancias, muchos adolescentes pueden defenderse de su propio crecimiento mediante regresiones y fijaciones. Ejemplo de ello puede ser la persistencia en la fase narcisista o la liberación de la excitabilidad mediante la voracidad oral.

La ambigüedad también es observada en relación a otros factores de la personalidad, como aspectos del self primitivo, los que todavía están mal integrados y definidos de la relación self/objeto y que se conflictúan con otros aspectos organizados e integrados de una parte más desarrollada del yo. Meltzer (1973) señala que el principal trastorno de la adolescencia “es una identidad confusa relacionada con la aparición del severo *splitting* del self característico de los períodos preedípico y pregenitales de la infancia y de la infancia prematura. El *splitting* que existe en la pubertad sería una forma de enfrentar mejor a la ola de deseos genitales en todas las formas infantiles,

polimórficas y perversas, aunque un poco modificadas por el self adulto y por la identificación introyectiva”.

Por lo tanto, habrá una escisión cuyo resultado será: parte de la excitabilidad sexual estará dirigida hacia la heterosexualidad y parte destinada a los objetos idealizados representados por los padres de la infancia. Los objetos idealizados pueden ser desplazados para el (la) compañero (a) sin que el (la) joven se de cuenta de que la (el) otra (o) no corresponde a lo que en él (ella) está siendo proyectado. O sea que, las percepciones que pueden existir del (de la) compañero (a) sufren la influencia de las represiones, proyecciones, distorsiones e identificaciones primitivas, todo ello fruto de las interferencias narcisistas en la relación con el objeto interno.

En un primer momento es frecuente que ocurra ese tipo de relaciones como fantasías mediante sueños diurnos. Éstos no se limitan apenas al acercamiento subjetivo del objeto sexual. Ellos también tienen la función de posibilitar nuevas investiduras afectivas y de acercarse a la realidad. En los sueños propiamente dichos, son evocadas las situaciones actuales que se mezclan con otras de naturaleza edípica. Reproducen, con una “musa inspiradora” o con el “príncipe encantado”, las situaciones eróticas de la organización genital y pregenital. Es un período en el que a menudo aparece la polución nocturna, asustando a los chicos debido a lo que ocurre con sus cuerpos ya que hace público algo de su intimidad sobre la que ellos no tienen ningún tipo de control.

He observado, en el análisis de adolescentes, que aspectos de la relación edípica son muy persistentes (tanto en el sentido kleiniano del Edipo prematuro como el caracterizado por Freud durante la segunda infancia), inclusive cuando ya existe una definición más grande en la elección del objeto heterosexual. Esas características solamente desaparecerán después de un largo proceso de maduración de la nueva capacidad de elección de objeto. Las cualidades de las relaciones iniciales y sus consecuentes introyecciones, en lo que se refiere al proceso de identificación y a la identidad, sirven de prototipo de las relaciones posteriores y se transforman sin dejar de repetirse en la nueva relación.

Cito el ejemplo de un muchacho que mantenía una relación de sometimiento a la figura materna y que establecía con su pareja, de manera inconsciente, una relación similar a la que tenía con su madre. A veces

ocurre exactamente lo contrario: el joven busca a alguien para subyugar, inclusive con características de venganza por un pasado mal trabajado. En otras situaciones, lo que se ve es la búsqueda interminable de los padres idealizados, también fruto de proyecciones narcisistas.

A medida que se da el proceso evolutivo, tanto el muchacho como la chica salen del campo de lo imaginario, de lo fantasioso, presionados por las fuerzas del crecimiento, por los anhelos de nuevas experiencias y realizan los primeros acercamientos al objeto heterosexual. Al principio, las fantasías masturbatorias contemporizan los temores a la castración y revelan una organización psíquica cuyas pulsiones todavía no están muy trabajadas en el ámbito del yo y son portadoras de elementos perversos. Se escuchan historias de grandes conquistas, llenas de contenidos sadomasoquistas, de posesión y dominio total del objeto de placer, las que estimulan la actividad autoerótica y que están cargadas de placer y culpa.

Lebovici (1972) resalta que los jóvenes tienden a sexualizar los recuerdos y relacionar actividades banales a sus fantasías sexuales. Con el tiempo, las fantasías se hacen insuficientes y frustrantes, presionándolos para la experiencia real. Son los “coqueteos” que varían de acuerdo con la época y la cultura, hasta llegar a la primera experiencia sexual plena. Acto que no siempre se concreta acompañado de una sensación de plenitud.

A menudo, las experiencias erótica, sensorial y afectiva no caminan juntas y lo que puede ser placentero para uno de los sistemas puede llegar a ser angustiante y culposo para el otro. Solamente con el tiempo y con la evolución de las experiencias concretas habrá la integración de las diferentes partes del yo más estructurado y capaz de contener tanto sus contradicciones como integrar afectos, los que hasta ese entonces estaban mantenidos de manera escindida y eran sentidos como amenazantes. Tales sentimientos de amenaza y culpa son el resultado de la fragilidad del yo y de su dependencia de los modelos identificativos infantiles.

En ese trayecto, la identidad sexual se va definiendo con la elección del objeto heterosexual, el que paulatinamente se organiza en el mundo interno por caminos diferentes en el joven y en la muchacha. En el chico habría una franca y decisiva orientación en dirección a la heterosexualidad. La chica busca a su pareja heterosexual sin llegar a perder las gratificaciones de la relación con la madre, identificándose con ella como mujer y rival. Según lo manifestado por Chodorow (1978), “el apego al padre es más idealizado y

menos intenso en la mujer que el del muchacho en relación a la madre”. Sin embargo, la joven precisa encontrar a su propio modelo, deshaciéndose del que tenía en las primeras relaciones con la madre, agregándole sus experiencias personales como mujer (descubrimiento de su genitalidad y el sentido de la menstruación) y como futura mamá. Ella precisa sublimar la agresividad fálica para poder sentirse completada por su compañero.

En el muchacho, a su vez, existe la necesidad de enfrentar las ansiedades de castración, teniendo que perder las gratificaciones provenientes de las relaciones primitivas con la madre y encontrar a su nuevo objeto de amor. Él, desde bebé, mantiene un modelo heterosexual. Busca en la compañera una reproducción de los aspectos valorados o idealizados de la relación con la madre, asociada a las experiencias que adquiere en sus nuevas conquistas en el campo amoroso.

Sin embargo, pienso que el proceso es muy complejo para ambos, ya que interfieren las fantasías inconscientes del pasado y del presente, tanto en la mente de los padres como en la de los jóvenes. Fundamentalmente, la responsabilidad dependerá de los adolescentes para romper las dependencias infantiles, retirando la investidura del primer objeto de amor, deshaciendo la simbiosis primaria, encontrando nuevos caminos y soluciones para su sexualidad y la identidad sexual actual.

Podrán aparecer temores de represalias y de abandono o identificaciones defensivas de carácter homosexual en la dependencia de cómo los muchachos y las chicas trabajan sus fantasías incestuosas y subliman sus relaciones con los padres del mismo sexo o del opuesto.

Parece que las muchachas tienen menos miedo a la fantasía de ser retajada por la madre que el chico por el padre. Sin embargo, es difícil generalizar esa proposición ya que la configuración de la identidad sexual es compleja y depende de innumerables factores, inclusive de los relacionados a la organización del self, además de aspectos de la cultura dominante en un determinado momento y lugar.

Muchos jóvenes piensan que la práctica heterosexual temprana es una demostración de madurez. El modelo “conquistador o chica fácil” puede estar al servicio de un reaseguramiento narcisista ante el vacío interior y la amenaza de fragmentación del self, como una forma de aumentar su autoestima.

Por otra parte, el trabajo será facilitado si los jóvenes se encuentran, en el hogar, con padres que hayan resuelto satisfactoriamente sus propios conflictos edípicos y que comprendan los conflictos de la juventud. De esa manera los progenitores podrán ayudar a sus hijos sin mantenerse omisos ni indiferentes.

Sin embargo, tanto los muchachos como las chicas precisan renunciar de manera irreversible a los objetos incestuosos, objetos primarios de amor, transformándolos, por medio de la sublimación y la reelaboración, en aspectos de su identidad adulta. La evolución de esa búsqueda de un objeto heterosexual, erótico y de amor, se dirige hacia el deseo de amar y ser amado. Siempre va a estar presente algo de narcisista en la personalidad, teniendo la función de mantener la integridad del self y las bases del sentimiento de autoestima.

En el lenguaje actual de los jóvenes brasileños, por lo menos en la ciudad de San Pablo, las experiencias concretas empiezan por lo que ellos denominan “quedar”. Son las caricias y algunos contactos un poco más íntimos que revelan las primeras sensaciones, emociones y sentimientos que deberán ser elaborados e incorporados a la personalidad en desarrollo.

En ese período aparecen muchas ansiedades en relación a la identidad sexual, producto de restos de bisexualidad que todavía están presentes, llevando a muchachos y chicas a un cierto exhibicionismo de sus cualidades masculinas (el pesado, el machón, el intelectual) y femeninas (la muñequita sensual, la profesora) como formas de autoafirmación para reasegurar sus identidades.

Mediante las experiencias emocionales reales, de carácter heterosexual, el adolescente va trabajando sus ansiedades referentes a las identidades anatómica y de género, en sus aspectos femenino y masculino, activo y pasivo de la personalidad. De manera concomitante, un conjunto de descubrimientos se está realizando, evidenciando las potencialidades de su yo: capacidad intelectual, intereses culturales, ansiedades existenciales involucrando cuestionamientos sociales, políticos, estéticos, etc.

En un comienzo, los vínculos heterosexuales tienden a ser inestables. Pueden ocurrir situaciones de verdadera adhesión de uno al otro, recordando a una situación de relación primitiva en la que el sujeto y el objeto no se

diferencian. Dejan de tener vida propia, no largan el teléfono. Cada uno es capaz de vivir la vida del otro no como un complemento de sí mismo, sino como la prolongación de su propia persona, como la proyección de sus partes idealizadas en el otro.

Muchos jóvenes viven esa situación como una cárcel y no se dan cuenta de que están aprisionados a sí mismos, identificados a las figuras parentales primitivas. Tales hechos tienen como motivación inconsciente una repetición de modelos primitivos establecidos en las relaciones parentales, de los que todavía no consiguieron emanciparse internamente.

Ese es un período de muchas proyecciones, en el cual pueden llegar a atribuir los aspectos indeseables y perturbadores de su persona a los seres que les son más allegados afectivamente. Siempre es el otro que invade su espacio o que lo desprecia, sin darse cuenta de su actitud pueril de pertenencia y de la necesidad inconsciente de considerar al otro no como un individuo, sino como una prolongación de su propio yo. Esos mecanismos de adherir, de control omnipotente, de identificación proyectiva son, por lo menos en parte, consecuentes con la inseguridad que se deposita en el yo, fruto de los procesos de pérdida (duelos) por los que el joven está pasando.

Los movimientos con intensas manifestaciones narcisistas y predominancia de los mecanismos de defensa del yo, como los que fueron descritos anteriormente, asociados a sentimientos de pérdida más o menos profundos y la consecuente depresión, hacen que el yo se debilite y sea propenso a cuadros clínicos que se confunden con situaciones psicopatológicas.

Manifestaciones tales como aislamiento, alejarse de la realidad, despersonalización y actuaciones de tipo psicótico o psicopático, pueden aparentar ser un trastorno estructural pero no están rígidamente organizadas. Son manifestaciones transitorias que tienden a disiparse en el transcurso del proceso evolutivo, y en la dependencia de cómo el ambiente familiar vive y se maneja con tales situaciones.

Actualmente, la juventud, en su jerga, usa la expresión estar “rayado” para referirse a un estado de la mente que significa estar locamente enamorado. Consiste en no poder sacarse de la cabeza a ese otro, al punto de haber afectado a otras áreas de interés, de cargas libidinales. Gran parte de su energía de amor está vinculada en esa relación. Al usar el término “rayado” le

dan el significado de ansioso, sufrido, ávido, separado, abierto. Ese vocablo juvenil traduce el *splitting*, la escisión que existe en ese estado de la mente, en el que están presentes un intenso amor y al mismo tiempo, el sufrimiento. Todo esto da como resultado el estremecimiento y dolor del alma. Es un estado en el que los poetas y los jóvenes perdidamente enamorados saben transmitir, de manera perfecta, a los oídos del otro, en la intimidad de sus diarios o en la soledad de sus lágrimas.

A partir del deseo de querer estar o de sentirse enamorado, asociado a las experiencias vividas en esa relación placentera y frustrante, y todo ello sumado a los hechos cotidianos hace que el objeto interno -inicialmente con características de objeto parcial- sufra transformaciones. Éstas se dan gracias a la disminución de los mecanismos de defensa primitivos, a la mayor integración del yo y a la mayor capacidad de elaboración de la situación edípica, fruto de la posición depresiva de Klein.

La evolución de las experiencias amorosas incentiva a los jóvenes a abandonar la bisexualidad, la ambivalencia, y los impulsa para que se desprendan de las imagos parentales y de las ansiedades primitivas. El hecho de que hayan logrado la capacidad de procreación, unida a la posibilidad de realizar papeles parentales y a la definición de no-consumación del incesto, concreta la individuación y conduce al adolescente a una definición de su identidad adulta estable.

Las muchachas redescubren la existencia de un pene interno, en el sentido de poseer un poder de penetración en la relación con el objeto amoroso y desarrollan su habilidad para luchar con la vida mientras perfeccionan su capacidad de continencia.

Los chicos, a su vez, se reaseguran y perfeccionan el sentimiento de penetración y redescubren que son poseedores de un útero mental, el que representa su capacidad femenina de continencia y de sensibilidad. Es la integración de los opuestos y el reencuentro de las partes perdidas dentro de sí y en la complementariedad que el otro representa.

EL PROCESO DE PÉRDIDAS (DUELOS).

El adolescente pasa por ese período de la vida con mucho sufrimiento, agitaciones y fases de depresión, siendo una consecuencia de las pérdidas

sucesivas que afectan a su cuerpo infantil, a su mundo interno y afectan la relación consigo mismo, con los demás, con el tiempo y el espacio. Hasta ese momento él vivía dentro de un universo que estaba relativamente organizado, el que ahora se transforma de una manera irregular, a veces mediante ataques o momentos caóticos.

La fuerza del desarrollo hace que exista una reorganización mediante la incorporación de nuevos objetos de cargas afectivas y de la relación con nuevos aspectos identificatorios que se establecen concomitantemente y a medida que se van trabajando los duelos por los objetos y partes perdidas de la infancia.

Las transformaciones corporales, la pérdida de la bisexualidad, de la identidad infantil y de los padres de la infancia constituyen elementos que deberán ser trabajados por el yo, siendo un proceso largo e inestable de elaboración de duelo.

Se van estableciendo nuevas relaciones con el cuerpo a partir de los cambios impuestos al comienzo de la pubertad y caracterizados por el desarrollo en peso y estatura, y de los elementos sexuales primarios y secundarios. La aparición de la menstruación y de la eyaculación, junto a las nuevas funciones, deseos y temores conscientes e inconscientes, son trabajados tanto en el ámbito yoico como superyoico, en el sentido de una reestructuración del nuevo esquema e identidad corporales.

Son diferentes las velocidades con que se dan las transformaciones corporales, la elaboración del duelo por la pérdida del cuerpo infantil y la adquisición de las funciones adultas. Ellas crean un estado de falta de armonía interna, un aumento de tensiones y la aparición de fuerzas antagónicas que se reflejan en la conducta, con manifestaciones semejantes a las psicopáticas, cuya permanencia en ese estado configurará una condición realmente psicopatológica.

La pérdida de la bisexualidad, tal como ya fue mencionada, contribuirá a la resolución del conflicto existente ante la posibilidad fantasiosa de transformarse en hombre o mujer. También aporta la búsqueda de la definición e integración de las identidades de sexo anatómico y de género. Esos movimientos psíquicos implican la sublimación e incorporación de los aspectos provenientes de la identificación con el sexo opuesto y del propio, mediante la elaboración de los conflictos edípicos.

Una joven en análisis me contó que su novio había roto el noviazgo porque la consideraba competitiva, invasora de su espacio y que amenazaba a su virilidad. En un momento depresivo del análisis, la chica emitió la siguiente reflexión: “puedo ser una buena amiga y compañera, pero siento que no me dejo, no me permito sentirme como mujer”. En su mente había una cuestión, que no estaba resuelta, de rivalidad con la figura materna, de envidia y odio ante la capacidad reproductora de la madre. Celos y envidia infantiles hacían con que ella atacara a su propio cuerpo femenino y al deseo de llegar a ser madre. Éste último elemento puede ser considerado como fundamental para la resolución de la bisexualidad.

Junto con los cambios corporales se dan los cambios psíquicos, surgiendo así otro proceso de pérdida en relación a la identidad, papel y capacidades psíquicas infantiles. Al mismo tiempo en que surgen nuevas condiciones para la organización del pensamiento, tales como una mayor capacidad de abstracción, de reversibilidad, de actividad simbólica (que cada vez necesita menos al objeto real concreto), hay también un aumento de la capacidad de racionalización.

El joven pierde, poco a poco, su condición infantil de relativa dependencia y sometimiento a los deseos parentales. La estabilidad yoica de la latencia es sustituida por la inestabilidad, oriunda de las propias transformaciones emocionales por las que está pasando. Si hasta ese momento él era visto como un niño, ahora la expectativa social es de verlo como un adulto asumiendo otro nivel de compromisos y responsabilidades.

Al mismo tiempo, el adolescente espera de sí mismo un desempeño más evolucionado, y se depara con pensamientos y acciones discrepantes entre lo que idealiza de sí, por medio de racionalizaciones, y el resultado final de esas acciones.

Me acuerdo de Fernando, un joven de 15 años, que deseaba transferirse a otra escuela. Constantemente soñaba con una escuela libre, que pudiera oírlo y respetarlo en su propia organización y modo de pensar. Durante el proceso analítico, dialogamos sobre los pros y contras de la situación, los miedos en relación a los padres, a sí mismo, como también sobre la capacidad que él tenía para luchar y trabajar los cambios internos y externos. Fernando tenía una amplia consciencia de sus deseos y posibilidades. Sin embargo, no era consciente de la necesidad de abandonar

la pasividad. Esa era una condición infantil a la que estaba “muy acostumbrado”, adherido, manteniendo una relación con un objeto idealizado: sus padres internos. Esperaba se tomaran las providencias necesarias para la realización de sus intentos, pero en verdad sus padres reales ni siquiera se habían enterado de sus pretensiones.

En la relación transferencial, su actitud de espera transmitía un sentimiento de niño pequeño, soñando, sin poder moverse en su cuna, esperando una solución mágica llevada a cabo por sus padres mesiánicos.

Mi interpretación de esa vivencia fue de que Fernando estaba viviendo en un estado de dependencia infantil, sumado a los temores debido a la rivalidad en relación a la figura paterna, idealizada y temida, asociada a una figura materna sobreprotectora. En la vida real existe un padre afectivo, preocupado con el futuro y bienestar de su único hijo varón, pero impulsivo y repleto de expectativas que contribuyeron para que Fernando se mantuviera, inconscientemente, en una actitud pasiva.

La pasividad es una cuestión vinculada con la temporalidad. Es como si hubiera una falta de relación entre la noción de tiempo interno y tiempo cronológico, entre el tiempo psicológico y la imposición de la realidad. Es común que el joven solamente se dé cuenta de una prueba escolar en el último momento.

Fernando solamente llamó por teléfono a la escuela que le gustaba el último día, cuando ya terminaba el plazo de pedido de transferencia. A pesar de que él ya sabía las fechas de transferencia, esperó hasta el último minuto la llegada del hada madrina con su varita mágica. En contrapartida, cuando necesitaba esperar un minuto, podía llegar a ser invadido por una ansiedad tal que parecía que se iba a terminar el mundo si no lo atendía en el acto. Tengo la costumbre de bromear, en ese tipo de situaciones, diciendo que: esperar un minuto puede parecer una eternidad, mientras que la eternidad parece que se va a acabar en un minuto.

Esa situación revela la existencia de un conflicto entre el tiempo subjetivo y el objetivo, incluyendo la limitada capacidad de evaluar la realidad concreta. Las actuaciones *acting out* también están relacionadas con las condiciones de desorganización temporal, revelando los momentos de predominio del proceso primario.

Durante su análisis, Fernando estaba construyendo un espacio en su mente, verdaderamente libre para soñar, desear y pensar diferentemente de sus padres. Hasta ese momento, esas posibilidades eran mantenidas profundamente suprimidas y reprimidas en la consciencia. O sea, estaba sometido a las condiciones infantiles, teniendo dificultades para realizar el deseo de liberarse de sus padres internos, con los que, inconscientemente, se mantenía dependiente.

El resultado de las discrepancias expresa la superposición de las múltiples identidades, inscritas en una personalidad en transición, formando un mosaico conflictuante, compuesto por aspectos de sus identidades infantil y, progresivamente, adulta.

En el poema que menciono a continuación, se puede apreciar el pensamiento de un adolescente de 16 años sobre lo que él considera que es el tiempo:

*Lo viejo refleja a todo,
todo refleja vida,
vida refleja luz,
luz refleja amor,
amor refleja placer,
placer refleja tiempo,
tiempo, el tiempo no refleja, sólo interrumpe.*

Otro vértice de visión dentro de ese proceso de pérdidas se refiere a aceptar la pérdida de los padres de la infancia, tanto como objeto real como objeto interno. La dualidad entre las fuerzas de crecimiento *versus* las de mantenimiento de la infancia hace con que el joven tenga que despojarse de su dependencia en relación a los objetos infantiles, fundamentalmente en relación a las imagos parentales como primeros modelos identificatorios. Éstos son atacados pero, según mi modo de ver, ellos no dejan de existir. Son transformados -nuevos modelos se incorporan-, pero el molde inicial, formado por las primeras experiencias emocionales y deformadas por las fantasías inconscientes, jamás deja de existir.

Lo enunciado también se puede observar en el adulto, especialmente en situaciones de crisis emocional o de la vida cotidiana que llevan a estados inevitables de regresión. La pérdida de los modelos identificatorios infantiles es necesaria para que se realice la evolución del proceso de identificación

hacia la búsqueda de la individuación, emancipación y autonomía. Sin embargo, esa pérdida progresiva y relativa crea un estado de inseguridad y conflicto, pues el yo, debilitado por todo ese proceso, pierde sus puntos organizativos de referencia.

Durante ese período de transición surgen innumerables mecanismos defensivos primitivos y actuales del yo, tales como la negación de la realidad, la intelectualización, la escisión en la relación objetal con predominio de las identificaciones proyectivas y el recogimiento autístico producto de los impulsos narcisistas. La dinámica que se establece tiene como fin la preservación económica de la energía libidinal ante una reducción de la autoestima. Esa regresión contiene períodos de elaboración y depresión, en que los jóvenes se ensimisman, replegándose. Son capaces de aislarse en su habitación por largas horas o “se borran del mapa”. Puede llegar a ser una tentativa de inmovilizar el tiempo, o una perspectiva de organización interna, un silencio -como en la música-, que acaba por darle sentido a los sonidos.

Claudia, citada al comienzo de este capítulo, solía refugiarse en un rincón de la escalera del edificio donde vive. Es un momento de introspección, por un lado defensiva contra las agresiones del mundo externo ante sus frustraciones y, por el otro, un momento de reencuentro consigo misma, un momento para reelaborar sus afectos y pensamientos, lo que le posibilita una reorganización en la relación con sus objetos internos.

A menudo, los jóvenes viven esas circunstancias con un sentimiento de profundo vacío. Ese estado de la mente puede organizarse en consecuencia a los sentimientos de culpa, miedo u otras manifestaciones destructivas por la pérdida de los objetos primitivos.

La agresividad puede volverse contra el self, dificultando la incorporación de nuevos objetos en su mundo interno. A consecuencia de ello se pueden organizar verdaderos cuadros melancólicos, con riesgo de actuación que represente un “microsuicidio” en vida o llegando inclusive, a la tentativa de suicidio.

No son aislados los casos de aventuras sexuales, probar drogas, picadas de automóviles, actos delictivos, aventuras deportivas arriesgadas, todo eso resultante de una necesidad de adherirse a algún objeto mágico, poderoso y nirvánico de manera inconsecuente, con la ilusión de reencontrar a los objetos, primitivo y reasegurador, perdidos.

Sugiero la relectura de los versos de Alessandra, en la introducción a este capítulo, destacando las dificultades para ocupar a su mundo interno con nuevos objetos amorosos: “Que la oscuridad de este mundo sea sustituida por una claridad pura en mis ojos”.

Dentro de ese mismo prisma de pérdidas, los ideales del yo infantil son paulatinamente sustituidos por nuevos ideales que se organizan como fruto de idealizaciones y del resultado de experiencias vivenciales. Éstas se adquieren mediante nuevos descubrimientos, conquistas y fracasos en la vida real y mental, conduciéndolos a reelaboraciones internas en la relación con las figuras parentales. Normalmente buscan nuevos modelos, objetos afectivos que serán cargados e introyectados en esa reorganización de los ideales del yo, estableciendo un nuevo nivel de conflicto en relación a los descubrimientos de las capacidades de su yo ideal. El encuentro de ideologías y líderes filosóficos, religiosos, políticos, artísticos, como también el desarrollo de actividades en grupo, posibilita el encaminarse para buscar la resolución del conflicto instalado entre las partes primitivas y actuales de la personalidad.

Si consideramos los mecanismos primitivos del funcionamiento mental como los que caracterizan al funcionamiento psicótico, entenderemos que el adolescente, en búsqueda de su identidad adulta, vive un fenómeno inevitable e independiente de factores externos, relativo a la necesidad psíquica de desprenderse de sus partes primitivas. O sea, de sus núcleos psicóticos, de modo que ellos puedan ser suficientemente reprimidos, re TRABAJADOS y reincorporados al nuevo self que se está organizando. Más adelante veremos cómo Bleger comprende ese fenómeno, en el que hay un conflicto entre las partes discriminada y no-discriminada de la personalidad.

NARCISISMO Y ORGANIZACIÓN YOICA.

Hemos visto que, en el adolescente, durante el transcurso del proceso de identificación, emergen en el yo los aspectos primitivos y actuales de la personalidad. La adquisición de nuevas identidades no suprime a las anteriores, pero recalca a las más primitivas llevándolas a las profundidades del inconsciente.

En situaciones críticas del desarrollo humano, y no solamente en éstas, se observan los movimientos regresivos de tal forma que emergen en el yo los mecanismos del funcionamiento psíquico primitivo, de naturaleza fusional, simbiótica, psicótica o autística y del cual hacen parte las primeras identificaciones. Esas partes indiscriminadas permanecen apenas “adormecidas” saliendo a flote en situaciones en las que predominan las ansiedades tipo catastrófica, paranoide o depresiva.

En la adolescencia ese fenómeno se hace más evidente debido al conjunto de factores biológicos, psicológicos y sociales que caracterizan a ese período crítico, de múltiples transformaciones y pleno de ansiedades. El adolescente revive, inconscientemente, la intensidad de las vivencias de la infancia en conflicto frontal con sus adquisiciones y experiencias actuales, siendo movilizado por las fuerzas del crecimiento, las que lo impulsan a la conquista de la identidad adulta. Esa conquista se caracteriza por una ampliación del universo relacional, involucrando aspectos sexuales, cognitivos, emocionales, ideológicos, políticos y sociales.

Vale la pena abrir un paréntesis para decir que el proceso de identificación no termina en la edad adulta. Continúa durante toda la vida, por medio de sucesivos períodos críticos de reorganización yoica, debido a las nuevas redistribuciones de la libido y a transformaciones de valores e ideales. La percepción, consciente e inconsciente, de la evolución y acercamiento de lo irreversible, la muerte, lleva al individuo a buscar nuevas relaciones existenciales, en un proceso de sucesivas elaboraciones de pérdida en su mundo interno.

La vivencia de duelos es inherente a la vida emocional y son varios los períodos críticos durante el proceso evolutivo que son sentidos como tal. El nacimiento, el desmamar, la entrada en la vida escolar, la adolescencia, el casamiento, todos esos acontecimientos en la vida del ser humano contienen un elemento de pérdida, lo que a su vez, abre un espacio para nuevas adquisiciones.

Cuando los hijos adolescentes parten para dar continuidad a su vida, los padres viven intensamente -como sus hijos- los períodos de transformaciones y los sienten como una pérdida. Y ésta no es solamente de la condición de padres de los chicos, sino también de transformaciones de todo un vínculo existencial en el que la perspectiva de la relación espacio-

temporal se hace diferente de la que era vivida en la infancia o en la adolescencia.

En ese continuo proceso de transformaciones, que caracteriza al proceso de identificación, hay aspectos que se convierten en más o menos invariables mientras que otros sufren una constante evolución.

De esa manera, podemos decir que algo de la esencia de los vínculos establecidos a partir de la vida intrauterina y de los mecanismos psíquicos primitivos, de naturaleza fusional y simbiótica, se perpetúan y es reeditado en la adolescencia.

Esos elementos de la vida primitiva evolucionan a partir de las cargas objetales, de intercambios afectivos iniciados en la relación dual madre/hijo, y sufren las influencias del medio. Esos intercambios mencionados representan los primeros modelos de identificación del bebé y la posibilidad de organización del yo primitivo.

Aquí se abre un campo para grandes discusiones teóricas, especulativas, en cuanto a la génesis del yo: la existencia o no de la relación objetal en los orígenes de la vida (incluyendo la vida intrauterina) y las repercusiones sobre la organización narcisista.

En este trabajo, no pretendo detenerme en las cuestiones complejas, sino apenas quiero mencionarlas para obtener elementos que me permitan desarrollar la cuestión de la relación existente entre el narcisismo y la organización yoica.

Voy a mencionar apenas algunos nombres significativos de cada corriente, con la seguridad de que estoy siendo injusto para con muchos otros autores. Desgraciadamente no puedo extenderme en este espacio y no es mi intención realizar un estudio teórico muy amplio.

Cada analista, de acuerdo con su biografía, trazos de personalidad, capacidad de observación y conocimientos teóricos adquiridos, realiza una selección, parcialmente consciente, en cuanto a su modo de aprehender a los fenómenos psíquicos. Creo que existe mucho de intuitivo y empático en relación a las teorías que cada uno elige para la aprehensión de su trabajo analítico y en la utilización de paradigmas que logran la viabilización de la comprensión del mundo psíquico. El lector podrá percibir, durante el

transcurso de mis explicaciones, que ellas no son fieles a un único y determinado grupo de pensamiento. Mis reflexiones son fruto de síntesis que se van formando en mi mente a lo largo de la experiencia profesional.

En la historia del Psicoanálisis es dable observar que, como toda cuestión epistemológica, ella se desarrolla mediante un sistema de redes asociativas, semejante a la red descrita por Freud (1895). Considero que esa red se parece a lo que hoy se estudia en informática, la teoría de las redes, con sus nudos, puntos de convergencia, divergencia y elementos que no se cruzan en un determinado nivel sino que podrán encontrarse por medio de interligaciones en otros niveles.

Existe una dicotomía entre las escuelas psicoanalíticas. Una, a favor de la existencia de una fase anobjetal, precediendo a la formación de objetos internos. La otra defiende la idea de que el yo primitivo se establece a partir de las relaciones de objeto (parcial) desde el comienzo de la actividad psíquica, ya que la pulsión siempre busca algo para cargar y se establece en la mente como una representación psíquica del objeto.

En ese sentido, una de las ramas del psicoanálisis se mantuvo más cercana al pensamiento freudiano. Después de su ensayo de 1923, “El Yo y el Ello”, surgieron nuevos autores y trabajos relativos a la formación del yo, sus funciones y mecanismos de defensa.

Anna Freud, hija del creador del psicoanálisis, escribió en el año 1936 “El Yo y sus mecanismos de defensa” iniciando la escuela que posteriormente, a partir de los trabajos de Hartmann (1939), se llamó de “Psicología del Yo”. Aparecieron otros autores dentro de esa línea de pensamiento, como Bowlby (1969), con un extenso trabajo sobre la importancia de los vínculos en la relación dual mamá/bebé (*Attachment and Loss*) y Spitz (1965), describiendo a los organizadores internos y desarrollo de la comunicación, principalmente en sus aspectos preverbales (1957).

Entre otros aportes psicoanalíticos, Mahler (1968) merece ser citado por sus estudios relacionados a la individuación humana. Parte de la idea de que la vida mental evoluciona de un estado autístico, pasa por una relación de fusión e indiferenciación entre el yo y el no-yo, dirigiéndose a la separación e individuación, con la consecuente distinción entre el sujeto y el objeto.

La otra escuela que enriqueció a la práctica y a los conocimientos psicoanalíticos fue representada por los trabajos de Melanie Klein (1932) y sus continuadores tales como Segal, Isaacs, Milner, Meltzer, Bion, Bick, Pick y Rosenfeld. Estos autores dieron énfasis a las fantasías inconscientes, a las posiciones esquizoparanoide y maníaco-depresiva, a los mecanismos de defensa primitivos (negación, escisión, control omnipotente, idealización) y sus consecuencias sobre las relaciones de objeto parcial y total, como también estudiaron la presencia del Edipo precoz o temprano.

El tercer grupo puede ser identificado en los trabajos de Winnicott, Storolow, Kohut, Kernberg, con variantes que tienen en cuenta los conocimientos que se fueron ramificando de los primeros grupos.

En el estudio de esas etapas más primitivas del desarrollo (preesquizoparanoide y esquizoparanoide) predominan las ansiedades psicóticas, catastróficas, persecutorias y depresivas, asociadas a procesos narcisistas. Esos procesos pueden vincularse asociativamente a fuertes componentes autísticos, de omnipotencia, de arrogancia, identificaciones proyectivas macizas, llevando a la fragmentación de los objetos internos, del self e inclusive en relación a la percepción del propio cuerpo, tal como se puede observar en ciertos cuadros delirantes y alucinatorios de la adolescencia.

La intensidad y permanencia de esos estados en el adolescente provocan inmensos trastornos de adaptación, de naturaleza psicótica y psicopática, diferentemente de los procesos neuróticos, cuando prevalecen los mecanismos de represión. En cualquiera de esos casos puede ser afectado el proceso de identificación y de definición de identidad.

Resalto que los procesos psicóticos, psicopáticos o neuróticos no se excluyen del yo, pudiendo llegar a haber predominio de uno sobre los otros. Pienso que una de las divergencias entre la Psicología del Yo y la corriente kleiniana se estableció a partir de cuestiones vinculadas al concepto de “narcisismo” y de las “relaciones objetales”.

Freud caracterizó al narcisismo como un estado en el cual “cada uno de los componentes instintivos de la sexualidad trabaja por su cuenta en búsqueda del placer sin preocuparse con los demás, y encuentra su satisfacción en el propio cuerpo del individuo. Ésa es una etapa de autoerotismo, luego sucedida por la elección de objeto”.

En otro párrafo dice: “Las pulsiones sexuales, hasta entonces disociadas, aparecen fundidas en una unidad y toman como objeto al yo; no dejamos de presentir que tal organización narcisista no habrá de desaparecer nunca por completo” (Freud, “Tótem y Tabú”, 1913).

Melanie Klein parece haber discordado con Freud en relación a la cuestión del narcisismo primario, en el cual ella habría entendido que, para Freud, no habría objeto (fase anobjetal), una vez que el individuo cargaría la libido sobre él mismo.

Para Klein, desde el comienzo habría una relación de objeto (objetos parciales) lo que definiría la existencia de un yo temprano (precoz) ya al inicio de la vida relacional.

Pienso que, en este punto, la discusión es académica. Se puede entender del texto anterior, en el que Freud resalta el autoerotismo como elemento fundamental de placer, que la relación autoerótica sería el equivalente de la relación de objeto parcial, en el sentido kleiniano del término. La carga o investidura del cuerpo (de una parte o de una función) sería el objeto de localización de la catexis. Cuando en el trecho siguiente, Freud dice: “las pulsiones sexuales, hasta ese entonces disociadas, aparecen fundidas en una unidad (...)”, yo pienso que de ahí surgieron las bases para comprender la estructuración y desarrollo del yo primitivo, bases para la comprensión de la formación del self primitivo como resultado de la integración de las diferentes partes que lo componen, que inicialmente no estaban integradas, siendo cuando el self y el objeto se confunden.

La denominación “narcisismo primario” quizás no sea muy adecuada, porque considero que la figura mitológica de Narciso, que da origen al concepto de narcisismo, puede representar la existencia de una capacidad de percibir mediante una figura discriminada, total, definida y gratificante.

Considero que la expresión self, tal vez, se acerque más a ese estado, en el cual hay esbozos de una percepción de sí como representantes de lo que sea el “self primitivo” y las “relaciones de objetos parciales” de la escuela kleiniana, o a la relación self/objeto primitivo de la escuela de Kohut.

Entonces, podemos entender que el narcisismo primario, en ese sentido, es una etapa del desarrollo y que el yo puede retornar a ella mediante

las fragmentaciones y relaciones de objetos parciales, o por medio de estados de indiferenciación self -- objeto.

El “estado narcisista” de la personalidad puede hacerse presente como una fase del proceso evolutivo, como una perversión, o en ocasión de ansiedades intensas y desestructurantes que afectan al yo debilitado. Durante la adolescencia, las configuraciones narcisistas están en evidencia y toman parte en la organización del sentimiento de autoestima, elemento que participa en la reestructuración de la identidad durante el proceso de identificación.

Para el adolescente es de fundamental importancia la preservación de la autoestima elevada. Debido a su fragilidad yoica el joven está susceptible a situaciones que afectan a ese sentimiento. La función de la actividad narcisista es regular el sentimiento de autoestima y “mantener la cohesión y la estabilidad de la representación del self (el fundamento estructural sobre el que reposa la autoestima)”, según lo manifiesta Storolow (1983).

No existe una aceptación unánime de los autores sobre las ideas de Freud relativas al narcisismo primario. La razón se debe a que ellas no explicarían suficientemente la complejidad de las relaciones primitivas y éstas se podrían apreciar mejor por las teorías de las relaciones objetales primitivas y las teorías del self.

Sin embargo, considero que las satisfacciones autoeróticas establecidas con partes del cuerpo se equiparan a las satisfacciones oriundas de los objetos parciales y que esas relaciones se igualan a las existentes entre self/objetos inicialmente sin discriminación. Con la evolución, el bebé va adquiriendo la capacidad de discriminar sus propias sensaciones y los objetos que lo estimulan, externos o internos, objetivos y subjetivos, dándole así un contorno a su self. Concomitante y progresivamente se estructura un eje central, alrededor del cual se organizan las diferentes partes del self, que lo componen.

Un concepto que me parece muy interesante es el de “narcisismo funcional”, propuesto por Storolow y Lachmann (1983). Esos autores resaltan que toda “actividad mental es narcisista en el grado en que su función es mantener la cohesión estructural, la estabilidad temporal y la tonalidad afectiva positiva de la representación del self”. Considero la importancia de ese concepto en el sentido de que permite la comprensión de los

funcionamientos narcisistas, patológicos o no, que emergen en la adolescencia en virtud de las configuraciones arcaicas de la relación self/objeto y de los mecanismos primitivos de defensa.

Vale la pena recordar que el bebé, por medio de sus experiencias relacionales y cargas agresivas y libidinales vividas en la relación dual, desarrolla la capacidad de discriminar como una consecuencia de los sentimientos de cohesión y continuidad.

Esos sentimientos se establecen mediante las introyecciones y proyecciones, identificaciones introyectivas y proyectivas a partir de estados especulares e idealizaciones en la relación con los objetos. La capacidad de integración y síntesis también se establece con la evolución, dando lugar a las representaciones de las diferentes experiencias afectivas.

Vemos que las dificultades prematuras en el relacionamiento madre/bebé, en los primeros años de vida, pueden afectar profundamente la organización del sentimiento de continuidad y de autoestima, del sentimiento subjetivo de identidad y de los sentimientos de constancia del self y del objeto.

Considero que las ideas de Winnicott (1971) aunque sigan otro camino, pueden ser aplicadas en este lugar en cuanto a la organización del falso y verdadero self. La misma referencia puede ser hecha en relación a Kernberg (1980). Su psicología, una tentativa de acercarse a los conceptos kleinianos (agresión pregenital y mecanismos primitivos de defensa) y a la psicología del yo, contribuyó para entender los estados narcisistas y *borderline* de la personalidad, frecuentemente observables durante la crisis de la adolescencia.

Hinshelwood (1991) nos esclarece que, para Klein, las expresiones self, yo y sujeto eran usadas de manera intercambiable y que “el término yo (y también “sujeto”) es empleado como complemento del objeto, mientras que self es usado para abarcar a la totalidad de la personalidad, que no incluye solamente al yo sino también a la vida pulsional... en cambio el yo es la parte organizada del self”. Más adelante, agrega que la psicología del yo distingue las diferencias existentes entre el yo y el self. El yo es “una organización mental objetivamente descrita, y el self es la representación que tiene su investidura en el narcisismo”.

La relación self/objeto primitivo, siendo el momento en el que no existe discriminación entre sujeto y objeto, evoluciona en su trayectoria hacia la diferenciación. El bebé, a partir de la relación dual, se abre camino en dirección a la individuación, haciéndolo mediante las fuerzas de cohesión que agregan las partes del self (o de los objetos parciales), provenientes de un estado narcisista primario. Éste es, me parece, el organizador del sentimiento de ser, base del self primitivo por medio de los intercambios realizados con el objeto real externo, o sea, la madre.

El objeto externo funciona como un espejo usado para desarrollar un retrato del self. La capacidad de holding y de rêverie del objeto convierte al objeto-espejo en un modulador de las características afectivas proyectadas por el bebé. Esas características, al ser reincorporadas, sufren la influencia de las fantasías existentes tanto en el objeto-espejo como en el bebé.

Conuerdo con Hinshelwood (1991), quien ve semejanzas entre los puntos de vista de Klein, Kohut y Winnicott, cuando dice que la primera preocupación del bebé es mantener su sentimiento de self, lo que llamaría de sentimiento de ser, contra el miedo de aniquilación.

Pienso que hoy entre los autores existe una tendencia en relación a la afirmación de que el yo coheso es un resultante de las fuerzas de integración de los múltiples objetos parciales (buenos y malos, constructivos y destructivos), los que corresponden a las partes que componen el self.

Hay autores que comparan a esas partes con los elementos de una familia. Dentro de una familia cada elemento tiene sus características individuales y dinámicas propias. De manera concomitante, influye sobre los demás elementos y sufre la acción de ellos. Por ejemplo, el adolescente sufre las presiones del crecimiento con orgullo y desafío, como aspectos de su self y simultáneamente vive la envidia y hostilidad en relación a su propio crecimiento. Una parte de él no puede soportar esa condición, como un hermano menor que no aguanta las diferencias en relación al hermano mayor, y por eso, necesita destruirlo.

Los ataques inconscientes al crecimiento son como una defensa para no tener que alejarse de su estado de niño y admitir que, para alcanzar en sí al adulto que desea ser, depende de mucho trabajo mental: tiempo, experiencia, elaboración y dolor.

Las primeras relaciones establecidas con el cuerpo materno dejan sus registros en el yo primitivo de modo que, paulatinamente, tales registros efectuados en las memoria sensoriales, cognitivas y emocionales se intercomunican formando sistemas cada vez más complejos.

De las características de ese par se empieza a estructurar el psiquismo infantil, mediante el encuentro entre “el narcisismo materno que se extiende al niño y el chico, que tiene a su madre incluida en su mundo interno”, tal como lo expresa Erikson (1950).

El bebé que vivía como un ser asocial en función de su casi exclusiva vida instintiva y con el predominio del principio de placer, se depara con el primer legislador y organizador externo, la madre, que lo conduce a la adaptación y al principio de realidad (Spitz, 1965). Eso significa aprender a distinguir y a tolerar las frustraciones ante los impulsos y deseos. Repetidas situaciones de esa naturaleza le permiten al niño desarrollar y organizar, en su yo, los mecanismos de defensa que contribuirán a su capacidad de adaptación. Se crea un espacio propicio para las representaciones sensoriales y simbólicas, las que son bases de la comunicación humana.

El par madre/bebé, inicialmente indiferenciado, fusionado, simbiótico, se va modificando en dirección a la distinción entre el yo y el no-yo, entre el self y el objeto, en búsqueda de la individuación, o sea el camino para la conquista de la propia identidad.

La organización de las instancias psíquicas, de los mecanismos de defensa, de las relaciones de objeto parcial y total permite el desarrollo de los procesos de identificación y de la identidad, con diferentes características, según los momentos de la evolución en que se encuentran. Los objetos introyectados van siendo recreados en el yo, y se organiza el superyó.

Esos objetos, en un principio, están relacionados con los cuerpos del bebé y de la mamá. Me refiero a la percepción de los latidos cardíacos maternos, al contacto de piel, a la tensión corporal, a la mirada, a la vibración emocional existente entre ambos: madre e hijo. Gestos, actitudes y emociones van siendo incorporados, dejando impresas sus experiencias emocionales. Son las primeras identificaciones perceptivas, las que permitirán el desarrollo conceptual entre semejanzas y diferencias, entre placentero y desagradable, entre sincronismo y asincronismo en la relación, sustrato para el desarrollo de

la empatía, del sentimiento de confianza básica, de la calidad de las relaciones objetales, bases de las primeras identificaciones.

En las etapas iniciales del desarrollo, la diferenciación es inexistente o tenue. Con la evolución, el hecho de llegar a percibir la diferencia se dirige hacia un estado de percepción afectiva, de naturaleza confundidora hasta llegar a lograr la capacidad de discriminación. El yo evoluciona de la casi total indiscriminación¹, pasando por un estado de ambigüedad, hasta alcanzar un estado de ambivalencia. Surgen la capacidad de tener dudas y la posibilidad de elaborar el pensamiento. En ese sentido, el yo organizado tiene la posibilidad de funcionar con el predominio del proceso secundario.

El conjunto de elementos de la vida mental primitiva, representados por los mecanismos de defensa primitivos, característico de las relaciones self/objeto primitivo y ansiedades inherentes a esos estados psíquicos, configura lo que denominamos como “estados primitivos de la mente” y que, según mi modo de ver, se acercan a los conceptos enunciados por Bleger, de partes no-diferenciadas de la personalidad.

RUPTURA ENTRE LAS PARTES NO-DISCRIMINADAS Y LAS DISCRIMINADAS.

El conjunto de esas estructuras primitivas fusionadas, no-discriminadas, indiferenciadas, Bleger (1977) las denominó de “estructura sincial”. El autor destacó que la problemática del adolescente consiste en cómo “desligarse a partir de esa fusión primitiva y organizar otro tipo de conexión o relación”. Quiero resaltar una vez más que esa organización primitiva contiene al narcisismo primitivo. Es una condición de fundamental importancia para comprender muchos fenómenos normales de la adolescencia. Dependiendo de la intensidad y duración (me refiero al narcisismo primitivo) podrá traer serias consecuencias para el proceso de identificación e identidad del joven.

Freud (1914), en “Introducción al Narcisismo” ya había dado el alerta para el hecho de que la hiperinvestidura del estigma narcisista en la elección de objeto provoca innumerables dificultades en el desarrollo de las relaciones.

¹ Como lectura complementaria sobre el desarrollo del psiquismo fetal sugiero: Souza-Dias, T. G. “Consideraciones sobre el psiquismo del feto”, San Pablo: Escuta, 1996.

Por lo tanto, la parte fusionada de la personalidad acompaña al individuo a lo largo de toda su vida, y su mayor o menor variabilidad interferirá en la organización de la identidad. Ella funciona como si fuera un “prototipo identificador” (Bleger, 1977), con el cual la nueva identidad en formación se compara, se desvincula y se transforma, en gran parte, en elementos que compondrán la identidad adulta.

A título de ejemplo, cito la posibilidad de que un muchacho se aferre o transforme sus primeras experiencias infantiles, simbióticas en la relación con la madre, en capacidad de *maternaje* en relación a su futura paternidad. En la primera situación, podrá preservar el estado simbiótico y establecer una relación de dependencia infantil en su vida amorosa o podrá transformar su modelo relacional primitivo en algo funcional, como parte de su self y de su identidad masculina, convirtiéndose en un padre maternal, presente y proveedor.

En la adolescencia, las cargas o investiduras narcisistas están exacerbadas. Dependerá de los mecanismos esquizoides o disociativos la posibilidad de que exista diferenciación y discriminación de los núcleos aglutinados, de naturaleza narcisista, a partir de la estructura sincicial.

Concuerdo con Bleger cuando afirma que parte de la estructura sincicial jamás logrará un estado estructural más diferenciado. Solamente parte de esa estructura sufrirá transformaciones, sobre las que se organizarán las partes más evolucionadas de la personalidad.

Siguiendo las ideas de Bleger, la identidad se encuentra estructurada en tres niveles que se interaccionan: 1. Estructuras más evolucionadas de la personalidad que intervienen en la sociabilidad, caracterizada por la relación interpersonal y basada fundamentalmente sobre los mecanismos de proyección e introyección; 2. mecanismos de identificación proyectiva-introyectiva, y 3. persistencia de la estructura sincicial primitiva.

Por lo tanto, una parte de la identidad se organiza sobre una base que es poco evolucionada, que no es interna ni externa porque todavía no hubo la discriminación en términos de individuación. Concluye el autor que esos aspectos son fundamentales en relación al proceso de identificación del adolescente, “porque la crisis de identidad del adolescente es básicamente, una ruptura o desorganización de la estructura sincicial, lo que ocurre siempre que una crisis vital resulta ser profunda y total”.

Otro punto de vista en relación al proceso de identificación del adolescente es el de Mahler (1968). Ella caracteriza al proceso del adolescente mediante la evolución yoica y la relación de objeto. Para la autora, existe un proceso de fusión, seguido de desimbiotización, que ocurre en dos etapas durante la evolución: la primera en la infancia y la segunda, en la adolescencia.

En la infancia, el bebé vive un estado autístico normal, de “desorientación alucinatoria primaria”, y la satisfacción de sus necesidades proviene de su propio mundo autístico todopoderoso. La etapa siguiente se caracteriza por establecerse una relación simbiótica normal. En ella, el bebé y su mamá funcionan formando un sistema único, investido de modo omnipotente, en el cual no existe discriminación entre el yo y el no-yo.

La autora valora la idea de narcisismo primario de Freud, y lo subdivide en dos etapas: narcisismo absoluto, que corresponde a una ausencia de consciencia en relación al agente materno, y la otra, en la que surge la noción de existencia del elemento generador de gratificaciones.

Resalta que el conjunto de sensaciones internas constituye el “núcleo del self”, punto central cuya cristalización alrededor del sentimiento de sí favorecerá el desarrollo de un sentimiento de identidad. Éste permite que el bebé delimite su propio mundo, definiendo los contornos del yo corporal, distinguiéndolo del que es representado por el mundo de los objetos. Con la evolución del yo primitivo ocurre el desplazamiento de la libido, de manera tal que el objeto investido es discriminado del propio yo. Ese movimiento crea las condiciones para que el bebé se dirija a la autonomía y la individuación.

En la adolescencia ocurre la segunda etapa del proceso de “desimbiotización”, necesaria para que se logre un estado de autonomía y emancipación. Desvíos podrán llevar al adolescente a una persistencia o abandono prematuro en relación al objeto interno primitivo.

En el primer caso, originando una prolongación en la relación de dependencia con respecto a los objetos idealizados, predominantemente por medio de procesos primarios, con baja tolerancia a frustraciones y actuaciones. El predominio de las identificaciones proyectivas ocupa el espacio del pensar y convierte al otro en depositario de aspectos suyos, reaccionando de un modo controlador sobre el objeto de las proyecciones.

Cuando, al contrario, ocurre una desconexión rápida de los objetos primitivos, pueden surgir profundos sentimientos de “vacíos”. Cassorla (1991) nos muestra la probabilidad de que esos casos caminen en dirección al suicidio, somatizaciones, o hacia organizaciones de una seudomadurez, representativa de un falso self.

El proceso de desconexión puede ser observado también desde el punto de vista de la desidentificación. Aspectos de las múltiples identidades anteriores (o múltiples facetas de la identidad anterior) son retiradas de la investidura para que el individuo pueda dar otro curso a su historia personal.

El individuo necesita deshacerse de las identidades más primitivas y reidentificarse a partir de la elección de nuevos objetos. El proceso está lleno de dolor y culpa pero, por otro lado, lo libera ante las nuevas pulsiones y le permite que construya una nueva identidad y un modelo de vida.

Kancyper (1990) destaca que, en el proceso de desidentificación y reidentificación existe una liberación de la pulsión de muerte que puede llegar a sufrir diversos destinos: establecer nuevas identificaciones, pudiendo caminar hacia identidades negativas, o convertirse en parte de un superyó tirano y castigador. Las dificultades en la resolución de las situaciones pueden llevar al adolescente a organizarse en cuadros graves de depresión, pánico, sentimiento de abandono, fuga de la realidad, cuadros obsesivos, todos ellos confirmados en mi práctica clínica.

Como ejemplo cito el caso de una joven con un cuadro de bulimia, intercalado por períodos de anorexia. Ella definió, conscientemente, que su cuerpo debería tener un determinado peso, mucho más bajo que sus necesidades vitales. Estableció con su cuerpo una relación tiránica y omnipotente de manera tal que ante aumentos imaginarios o reales de peso, aunque fueran mínimos, ella se provocaba vómitos para perder peso, hecho asiduo que desembocó en un cuadro de amenorrea.

En el análisis de esa muchacha, -hay comentarios al respecto en el capítulo 10- yo pude percibir la existencia de componentes narcisistas evidentes, por medio de una imagen idealizada y narcisista de su yo corporal. Ella llevó a establecer con su cuerpo una relación de objeto parcial, una vez que excluyó de su mente a funciones y necesidades biológicas que lo componen: peso mínimo para el funcionamiento corporal adecuado y definición de la identidad de género. Mediante su cuerpo ella estableció una

relación tiránica y omnipotente consigo misma. Su cuerpo se transformó en el depósito de vivencias persecutorias, terroríficas, de carácter psicótico, como vía de negación de su sexualidad y fertilidad. Ella hacía con que su cuerpo se sometiera a sus deseos idealizados de placeres inmediatos.

Kohut (1971) denomina “rabia narcisista” al ataque que el individuo realiza en sí mismo cuando no corresponde a la imagen idealizada que tiene, siendo ésta una condición que desencadena enfermedades psicosomáticas. En el caso que estoy relatando, las manifestaciones bulímicas, anoréxicas y depresivas parecen contener a ese componente. Es posible que la amenorrea sea la consecuencia no sólo de las alteraciones hormonales, de naturaleza orgánica, producto del bajísimo peso corporal, sino que también esté entrelazada a conflictos emocionales, de expresión psicosomática.

Al negar su feminidad, valora la erotización y el placer inmediatos ofrecidos por su cuerpo, mal discriminando las cualidades afectivas de la relación. Ella estableció con el analista una relación transferencial erótica, cuya función parecía estar ligada a una cuestión sensorial, de piel, como si de esa manera buscara darle un contorno a su self. Dicho de otra manera, era un medio de despertar, en el analista, un estado de “preocupación materna primaria”, mediante una reacción contratransferencial de continencia, *holding*.

Daba a su cuerpo una apariencia masculina, perdiendo las formas gráciles y vistiéndose de forma ambigua; todo era revelador de una fuerte presencia de los aspectos de la mente primitiva: presencia de bisexualidad, dificultad de discriminación en la elección objetal, discriminación self-objeto. El objeto era utilizado para satisfacer sus ideales narcisistas. En algunos momentos, ese objeto era considerado solamente como un instrumento para la realización de sus deseos inmediatos.

Además había temores ante los impulsos hetero y homosexuales incestuosos, cargados de sentimientos de culpa e inaceptables como integrantes de su self. No conseguía transformarlos en aspectos de su identidad adulta. Las constantes actuaciones, a medida que pudieron suceder dentro del *setting* analítico, dieron margen a interpretaciones transferenciales a partir de intensas identificaciones proyectivas. Predominaba el proceso primario, elemento de la estructura sincicial, cuya relación simbiótica con la figura materna primitiva idealizada, bloqueaba el desarrollo de su identidad adulta y la aceptación de su sexualidad. Parecía que al analista le cabía la función de intervenir en ese tipo de relación, mediante la interpretación, para que la paciente tuviera la oportunidad, por medio de su *insight*, de romper el estado

fusional self-objeto idealizado. La imago paterna representaba a una figura pasiva o ausente.

Otros conflictos cargados de culpa y castigo afectaban a su trayectoria identificatoria. En el transcurso del análisis, fue posible identificar a los núcleos primitivos y, gracias a la parte más desarrollada de su personalidad, se pudo desvincular de las relaciones primitivas, reelaborando su condición de ser, de ser mujer.

Teniendo en cuenta el relato de ese caso, se puede caracterizar también a la fantasía primordial, que Joyce McDougall llama “un cuerpo para dos” y que está presente en todo ser humano. Es el prototipo biológico de la relación psicológica básica establecida en la relación madre/bebé. Para éste último, cualquier situación de displacer, de discontinuidad, de pérdida de la sincronía, de frustración, deberá tener su equilibrio restablecido en la búsqueda de la homeóstasis, por medio de la mamá, reproduciendo a esa relación fundamental vivida en el período de vida intrauterina. Las capacidades de *holding* mencionadas por Winnicott, mediante la preocupación materna primaria o de *reverie* de Bion, representan las tendencias en la vida exterior, al reproducir las cualidades vinculares de esa relación fundamental.

McDougall (1987) caracteriza a esa situación de una forma muy lúcida y bonita: “Todo lo que amenaza con destruir la ilusión de indistinción entre el propio cuerpo y el cuerpo materno, lo impulsa al bebé a buscar el medio intrauterino perdido, e induce a la mamá a responder instintivamente a la demanda, dando alivio y sueño al bebé debido al ritmo de su cuerpo y por el mantenimiento del contacto corporal”. La prolongación imaginaria de esa relación en “un cuerpo para dos”, en el recién nacido, es la que rige su funcionamiento somatopsíquico. Mediante las frustraciones, adecuadamente moduladas por la madre “suficientemente buena”, el bebé progresa desde el estado alucinatorio (pasando por la ilusión) hasta llegar a alcanzar la relación con el objeto real. El bebé, de manera progresiva, establece una relación con el objeto real interno, siendo un elemento del equipamiento mental que lo separa de las reacciones del cuerpo.

De acuerdo a lo que sugiere Winnicott, existe un momento en el que el niño alucina el seno como haciendo parte de sí mismo, por lo tanto, siendo parte de su narcisismo primario. Cuando la madre le ofrece el seno, el bebé transforma esa alucinación en una ilusión como si el objeto hubiera sido

creado por él, produciendo el área de ilusión. Esa evolución permite que un espacio virtual y lúdico se organice en la mente del bebé. Ese espacio contendrá a las representaciones del self y del objeto juntamente con la capacidad de pensar. El niño busca, de esa manera, recrear la ilusión de la unidad básica, formada por cuerpo \diamond mente \diamond seno materno.

Pienso que la relación que el adolescente mantiene con el objeto idealizado tiene por objetivo reproducir la fantasía primordial de un cuerpo para dos. Esa fantasía, representada por la ilusión de la unidad básica, se rompe cuando el bebé abandona el útero materno y vive la experiencia emocional que Meltzer (1985) denominó como la pérdida del objeto estético, que será recuperado en cada relación a lo largo de la vida. En los momentos depresivos y de regresión, se intenta retornar a la ilusión de la unidad básica y rescatar la vivencia de la relación con el objeto estético fundamental.

McDougall subraya que las fallas en el proceso fundamental provocan repercusiones en la capacidad de integración y de discriminación de su cuerpo, en los pensamientos y afectos.

El adolescente, aunque en las etapas anteriores a la adolescencia haya vivido con un razonable equilibrio y compensación las fallas o traumas, reales o fantaseados, ocurridos en los períodos iniciales de la vida, él tendrá una gran probabilidad de llegar a revivir, en la vida relacional actual, las manifestaciones psíquicas que contienen características semejantes a las de aquel período, concomitantemente con las aptitudes actuales.

EL VERDADERO Y EL FALSO SELF

El adolescente, buscando definir su identidad, traba un combate interno y externo para descubrir y expresar a su yo auténtico. El cantante y compositor brasileño Lobão, reproduce en la letra de una canción suya, ese sentimiento diciendo: “Yo me amo”.

Junto con los deseos, miedos y el coraje ante los desafíos, el adolescente también enfrenta a lo desconocido que surge dentro de sí. Tiene miedo de desilucionarse consigo mismo y con el mundo ante las experiencias que vive. También existe otro miedo, el de tener a su “yo verdadero” aniquiliado por la imposición del deseo externo, por el *establishment* y a

consecuencia de ello, puede sentir la necesidad de adaptarse como una defensa, siendo lo que realmente él no es.

La cuestión básica es la intensidad del sometimiento. La vida en sociedad requiere una determinada cantidad de falso self para que se pueda realizar. Simpatía, delicadeza, cordialidad y diplomacia son atributos que pueden ser usados para encubrir externamente los verdaderos sentimientos, así como otras reacciones agresivas pueden ser defensivas ante el miedo de exteriorizar la sensibilidad o el amor. Por ejemplo, adolescentes del sexo masculino pueden reprimir su delicadeza y sensibilidad por sentirse amenazados en su virilidad, debido a fantasías y cuestiones culturales, podando algo que podría ser espontáneo y auténtico en ellos, pero de esa manera aniquilan algo de su ser.

El adolescente, frente a sus innumerables indefiniciones, necesita probarse para conocerse. Muchos se defienden porque traen, en su biografía y fantasía, secuelas en la formación del verdadero self. Cuando la persona no se da cuenta de sus sentimientos reales y deforma su capacidad creativa y espontánea de responder frente a los estímulos, termina por expresarse mediante el falso self. Se convierte en una personalidad que se organiza “como si”.

Tengo la costumbre de usar, a título de ejemplo, para caracterizar a la personalidad del “como si”, la imagen de un fruto llamado “sabra” que existe en el desierto de Negev, en Medio Oriente. Es un tipo de cactus, lleno de espinas por afuera, de cáscara muy gruesa pero cuya pulpa es dulce y muy sabrosa. Quizás su mala apariencia, transmitiendo una imagen de agresividad y rudeza, haya sido elegida por la naturaleza para soportar la aridez del suelo y las grandes amplitudes térmicas del desierto. En el interior del noreste brasileño existe otro tipo de cactus, muy espinoso y arrugado, del cual los campesinos extraen el agua para sobrevivir. Si tenemos en cuenta la apariencia de los cactus, considerándola como una verdad absoluta, la esencia de ellos estará siendo destruida. Es exactamente a eso que le teme el adolescente y por eso él lucha, consciente o inconscientemente, contra esa amenaza usando su rebeldía.

La base del ser auténtico está en los orígenes de la relación mamá/bebé. La madre que temporariamente acepte someterse a vivir en un estado de dependencia y de control omnipotente, y que de manera progresiva ayude al bebé para que él pueda lidiar con sus propias frustraciones, estará

contribuyendo para que se forme en la mente de su hijo un espacio virtual. En ese lugar virtual, el bebé podrá tener la ilusión de crear a su madre, donde él la desea y de esa manera, estructurará el sentimiento de ser, base del verdadero self.

Mediante el estado psíquico que Winnicott (1971) denominó como preocupación materna primaria, la mamá de manera paulatina puede ayudar a su bebé para que luche contra sus frustraciones, modulándolas de manera tal que el sufrimiento inherente sea soportable, sin que se transforme en amenaza de pánico, de catástrofe o de desorganización. En caso contrario, el bebé tendrá que someterse al otro, organizándose alrededor de un falso self, para poder sobrevivir a las fantasías de aniquilación.

Cuando el bebé, debido a las fallas existentes en las primeras relaciones, tiene que crecer más rápido de lo que puede, soportar frustraciones por demás, comer cuando no tiene hambre, despertar cuando todavía quería dormir, controlar sus esfínteres antes de tiempo, él acaba adaptándose a las circunstancias para poder sobrevivir.

Winnicott (1960, 1965, 1971) desarrolló ampliamente su teoría de cómo se forman el verdadero y el falso self. Reproduzco un párrafo del libro “El Ser y el Vivir” de Julio de Mello, quien trata el tema en cuestión: “La mamá suficientemente buena, alimenta la omnipotencia del lactante y lo hace repetidamente. Un self verdadero empieza a tener vida a partir de la fuerza dada al yo débil del lactante, por la complementación de la madre de las expresiones de omnipotencia del lactante”.

Sobre el falso self, Julio de Mello señala: “La mamá que no es suficientemente buena no es capaz de complementar la omnipotencia del lactante, y de esa manera, falla repetidamente en satisfacer la manifestación del lactante; al contrario, ella lo sustituye por su propia manifestación, que debe ser aprobada mediante el sometimiento del lactante. Esa sumisión por parte del lactante es el nivel inicial del falso self y tiene como resultado la inhabilidad de la madre en sentir las necesidades del lactante” (...) “Por medio del falso self, el lactante construye un conjunto de relacionamientos falsos y, mediante las introyecciones, puede llegar a una apariencia de ser real, de manera que el niño puede crecer convirtiéndose exactamente como la mamá, la niñera, tía o hermana o cualquiera que sea, que en ese momento, domine el escenario”.

En la búsqueda de la autenticidad, el adolescente puede vivir una condición de “falso self” o, dicho de otra manera, surge un falso self adecuado, porque él necesita agruparse, pertenecer a una barra (ya que sus integrantes usan las mismas marcas de ropa, corte de pelo, escuchan el mismo tipo de música, siguen a los mismos ídolos, etc.), gracias a una individualidad que todavía no está definida.

Estando en el medio de dudas y confusiones, el adolescente se identifica con el grupo, de manera que rompe sus vínculos de dependencia con el medio controlador. Lo hace hasta poder rescatar el sentimiento de que es iluminado internamente en sus búsquedas, que ese proceso llega desde el fondo de su alma.

Muchas veces, los padres le sugieren algún camino al joven, quien se niega rotundamente a aceptarlo. Después de un determinado tiempo, cuando la situación parece que fue olvidada o superada, el joven llega a sorprender con la decisión que tomó, siendo muy parecida a la que le fue sugerida inicialmente. La gran y fundamental diferencia es que la decisión llegó de dentro, como una elaboración creativa y original de él mismo.

Si no es así, cualquier movimiento puede ser interpretado como una imposición, amenaza, invasión del espacio propio, llevándolo a reaccionar defensivamente ante lo que le parece que es una amenaza de destrucción de su propio yo.

Volviendo al texto anterior, Julio de Mello manifiesta: “Como en la base del falso self está la dificultad del pleno uso de la omnipotencia infantil, de la que derivan la ilusión, la imaginación y la actividad lúdica, o sea, la capacidad de usar símbolos, los pacientes con un falso self muy grande, nos advierte Winnicott, tienen una vida cultural muy pobre”. Existe una hiperadaptación al medio, que contrasta con una pobreza de vida interior. El exhibicionismo, la estereotipia del comportamiento y el mimetismo son tendencias reveladoras del falso self.

La búsqueda del yo auténtico tiene como resultado la posibilidad de vivir con sus aspectos psíquicos antagónicos, como el querer crecer sin abandonar los privilegios que se tienen cuando se es niño. Hay que incorporar en el yo a los aspectos que se consideran como indeseables. El joven cree ser apenas bondadoso y no se da cuenta de que también él mismo es un lobo vestido de cordero. Son sentimientos que pueden herir al deseo de mantener

el ideal narcisista immaculado, sin percibir que esos son componentes inherentes a su personalidad. O sea, el individuo está constituido, en su yo, por aspectos de vida y de muerte, de construcción y destrucción, inclusive en el ámbito narcisista, como partes de su self.

Lo auténtico es lo que no es falso. Es lo original y por eso, consiste en liberarse de la imposición del deseo del otro y del propio superyó censor. Así, podrá conquistar la realización y control de los propios deseos para su posterior satisfacción. Y también, conquistará la capacidad de estar solo, frente a la necesidad de una opción ante un conjunto de deseos, y eso, a pesar del otro.

TRANSFORMACIONES COGNITIVAS Y EL APRENDER CON LA EXPERIENCIA.

Desde el punto de vista del desarrollo cognitivo, sabemos que el adolescente logró un nivel de desarrollo que le permite utilizar el pensamiento hipotético-deductivo, nivel combinatorio (reciprocidad, mutualidad afectiva y social) en el que prevalecen las operaciones formales descritas por Piaget (1990).

El adolescente es capaz de proponer enunciados verbales. Realiza experiencias en un determinado momento de la vida en que las condiciones de compromiso y responsabilidad son menores en cuanto a sus consecuencias, dándole mayores posibilidades para trabajar mediante sus aciertos y sus errores.

La capacidad intelectual dispone de mecanismos para efectuar análisis y síntesis. Levanta hipótesis, evalúa las probabilidades y correlaciona. Sabe lidiar con un conjunto de variables y pasa de lo particular a lo genérico y viceversa. Establece conceptos. Analiza los resultados y sugiere nuevas hipótesis, ampliando su cadena asociativa y el campo de conocimientos en los ámbitos cognitivo, afectivo y social.

Sin embargo, el adolescente, tal como lo hemos señalado en el transcurso de este trabajo, presenta una intensa carga de mecanismos de defensa primitivos, propios del proceso de identificación, que invaden a su yo e interfieren en sus funciones cognitivas. Cuando son excesivas las identificaciones proyectivas, la omnipotencia y la ambivalencia, junto con una

gran capacidad de racionalización, el yo termina por debilitarse. Las capacidades perceptiva, elaboradora y asociativa son afectadas y empobrecen el contacto con el mundo objetivo y con las experiencias emocionales.

Como consecuencia de todo eso, prevalecen los mecanismos propios del pensamiento primitivo, con funciones de descarga mediante actuaciones, negaciones, escisiones, perjudicando las funciones intelectuales de análisis, de crítica, de síntesis y de la actividad creativa.

Muchas actitudes delictivas son producto de “acciones impensadas”, por las dificultades de acceso al pensamiento formal, perturbado por las distorsiones en la aprehensión de las relaciones temporal-espacial y en la integración entre el yo y el no-yo.

Los conceptos de Melanie Klein (1923) sobre la relación entre la curiosidad sexual, el sadismo y el impulso epistemofílico contribuyeron para comprender la interferencia de los factores emocionales, vinculados con la curiosidad sexual, en la formación de los cuadros de inhibición intelectual y trastornos de aprendizaje.

En otros trabajos (1930a, 1930b) Klein evaluó los trastornos intelectuales en pacientes psicóticos, evidenciando la existencia de ataques agresivos al objeto y la consecuente escisión de los objetos en totalmente buenos o malos, generados por odio y por la envidia de ellos. La consecuencia es una percepción distorsionada, con perjuicios en la integración de las diferentes partes que lo componen. Klein logró identificar que la actividad de percepción y la intelectual del bebé era desarrollada y prematura, sugiriendo la existencia de conocimientos innatos. Quizás los conceptos de proto-representación, de Freud, y de preconcepción, de Bion, se acerquen a los conocimientos innatos mencionados por Klein.

Ella también contribuyó en el concepto de fantasías inconscientes, mostrando que las capacidades de amar y odiar amplían o destruyen las posibilidades de conocer.

Por medio de Bion (1962b, 63, 65, 67, 70) se puede ampliar la comprensión de cómo el predominio de los mecanismos psíquicos primitivos llegan a perturbar y a interferir en la libre utilización de la capacidad de pensar. Las actuaciones prevalecen en función de los estados afectivos, como la envidia que perturba, por ejemplo, la capacidad de incorporación y la de comprensión.

Cuando existe la prevalencia de las identificaciones proyectivas intensas, el aparato de pensar es destruido. La impulsividad lleva al individuo a usar el aparato mental de una manera primitiva, como un elemento de descarga que perjudica las posibilidades de intercambios intelectuales, sociales y afectivos.

En contrapartida, el adolescente puede hacer una hiperinversión en las funciones intelectuales como una defensa ante los temores provenientes de la sexualidad genital que intenta imponerse en su vida. Los sentimientos de culpa y de inhibición intelectual, a su vez, pueden ser consecuencia de temores inconscientes ante las fantasías sexuales vinculadas a conflictos infantiles que no fueron resueltos, cargados de aspectos perversos, en un yo debilitado y empobrecido por los conflictos que lo rodean.

Por lo tanto, existe una nítida relación de interdependencia entre el amor, odio y conocimiento. Esa relación empieza a partir de la cualidad del vínculo establecido en la relación madre/bebé. Las capacidades de continencia y de *rêverie* de la madre, de poder modular y filtrar las ansiedades que afectan al bebé, le permiten a partir del contacto corporal gratificante, que la incorpore y la conozca vivencialmente, siendo éstas las bases del aprendizaje, del conocimiento y de la formación del aparato de pensar.

En la vida primitiva, los orígenes del conocimiento son corporales, somáticos y están fuertemente vinculados a las sensaciones físicas, que son transformadas de elementos sensoriales a contenidos mentales, mediante la función alfa. Dependiendo de la calidad del vínculo establecido entre ambos, el bebé puede transformar a los elementos sensoriales (beta, en la versión de Bion) en pensamientos, o sea, en una cualidad mental más evolucionada, mediante contenidos mentales utilizables para pensar y soñar, y no solamente como elementos de descarga.

Por ejemplo, una relación caracterizada por la envidia y el odio hace que el objeto, sobre el que se proyectan las fantasías destructivas, sea amenazador, destruido o ausente, y como consecuencia de ello, surgen los sentimientos persecutorios, de total desamparo, o de adherencia, perjudicando la incorporación adecuada del objeto, con repercusiones en la comprensión, el conocimiento y el aprendizaje que pueden darse por la relación establecida con ese objeto.

El adolescente, por las características antes enunciadas, está cada vez más vulnerable a las perturbaciones de su capacidad de pensar y de plena utilización de sus potenciales cognitivos. Manifestaciones tales como bajo rendimiento en la escuela, falta de interés por el conocimiento, trabas en la comprensión, estados de devaneos, manifestaciones psicóticas o delictivas pueden ser expresiones sintomáticas consecuentes a la acción de la vida afectiva sobre la actividad cognitiva.

Un chico que crece en condiciones de abandono llega a la adolescencia en un estado de profunda desventaja en relación a los otros jóvenes que fueron criados dentro de un contexto familiar estable. Sus aspectos cognitivos, afectivos y conativos, en sus relaciones con el mundo interno y externo, en términos de desarrollo, percepción e integración, sufren fallas y distorsiones irreparables a lo largo de la vida. Se puede observar que muchos de los jóvenes mencionados no logran alcanzar el pensamiento formal y combinatorio, organizándose dentro de cuadros melancólicos, de déficit, delincuentes, psicóticos o psicopáticos, teniendo limitaciones en sus capacidades de sublimación de los aspectos pulsionales sádicos y libidinales en conocimiento y creatividad.

Ahora, presento una síntesis propuesta por Carvajal Corzo (1993), quien incluye las contribuciones de varios autores, particularmente Freud y Bion, ofreciendo una visión objetiva y práctica de los diversos niveles que constituyen la capacidad de pensar. Desde la más primitiva capacidad (acción) hasta la más compleja (sublimación):

- sublimación
- ideación racional consciente
- jugar
- fantasear
- soñar
- síntoma psíquico (desde la angustia hasta el delirio)
- respuesta corporal (psicosomático)
- acción

El pensamiento adulto oscila, normalmente, entre los diferentes niveles, mediante los cuales el sistema psíquico busca aliviarse de las tensiones. Tal como lo afirma Carvajal, “el mero desarrollo del sistema cognitivo no garantiza un manejo pensante de lo psíquico. Lo importante es la unión entre

el sistema simbólico y el mundo pulsional. El divorcio de esos sistemas solamente producirá la intelectualización con descargas disociadas (...) La intelectualidad no vacuna contra la irracionalidad. Solamente un equilibrio adecuado entre el aprendizaje intelectual y control de las pulsiones puede formar a un ser con una representación permeable y un manejo cultural adecuado a su psiquismo inconsciente”.

Eso significa la necesidad de un trabajo integrado entre cognición y vida afectiva, para que se logre un equilibrio adecuado entre las diferentes fuerzas que presionan al yo.

Ilustro esa transitoriedad, entre los diversos niveles de pensamiento, con un caso clínico.

Una adolescente me trae como recuerdo, en sesión de análisis, la idea de haber sido mal amada por su madre. Tiene la impresión de que vivió abandonada a los cuidados de terceros mientras su mamá salía para trabajar. Considera que su situación se agravó a partir del nacimiento de su hermana, un año más chica que ella. Tiene muchos celos de ella y se ve constantemente amenazada en relaciones que involucran una triangulación y un enfrentamiento. Eso pasa no solamente en la relación con las personas sino también con las ideas que amenazan la organización de su pensamiento original. En ese tipo de situaciones, aumenta la ansiedad persecutoria y ella termina por abandonar a la persona, cosa (o a sí misma) con la que estaba emocionalmente involucrada. Su deseo de controlar sádicamente al objeto versus la autonomía del objeto, que puede ser un aspecto de su yo, como un determinado sentimiento, la conduce a un estado de frustración y odio, con el consecuente ataque al objeto o al pensamiento. Con eso, pierde la oportunidad de conocer otros aspectos del objeto, que inclusive puede ser ella misma, esterilizando las relaciones y su capacidad de lograr un pensamiento creativo. En algunos momentos, su mente funciona en un estado de seudodebilidad mental, como una defensa ante angustias que le ocurren al usar su capacidad de pensar o se pierde en devaneos o si no, tiende a la actuación. La expresión final es de un pensamiento pobre, que va hacia la estereotipia. Los celos y la envidia que siente, inclusive de sí misma, en relación a sus aspectos anhelantes de desarrollo termina por perjudicarla en sus funciones cognitivas, en la comprensión de los hechos y en las posibilidades de crear y de aprender a partir de la experiencia emocional. Eso

resulta, en esos momentos, en una acción que tiene la función de descarga en vez de alcanzar el equilibrio interno “pensando pensamientos”².

Finalizo este capítulo con una hermosa frase de Hinshelwood, que dice así: “el pensamiento y la racionalidad dependen de la vida emocional de tipo más primitivo y, en realidad, salen de ella”.

BIBLIOGRAFÍA.

ABERASTURY, A.; KNOBEL, M. *La adolescencia Normal*. Buenos Aires: Paidós, 1971.

AMARAL, L.A. *Adolescência*. *Rev. Bras. Psicanal.* volumen 1, p.94, 1967.

BICK, E. The experience of the Skin in Early Object-Relations. *Int. J. PsychoAnal*, v. 49, p. 484, 1968.

BION, W. R. *Aprendiendo de la Experiencia*. Buenos Aires: Paidós, 1962b.

_____, *Elementos de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1966.

_____, *Transformaciones*. Buenos Aires: Hormé, 1968.

_____, *Volviendo a Pensar*. Buenos Aires: Hormé, 1967.

_____, *Atención e Interpretación*. Buenos Aires: Paidós, 1974.

BLEGER, J. y colaboradores. *La Identidad en el Adolescente*. Buenos Aires: Paidós-Asappia, 1973.

BLOS, P. *Psicoanálisis de la Adolescencia*. México: Joaquín Mortiz, 1975.

BOWLBY, J. *Attachment and Loss*. Volúmenes I y II. Nueva York: Basic Books, 1969.

CARVAJAL CORZO, G. *Adolecer: La Aventura de una Metamorfosis*. Santa Fe de Bogotá: Tiresias, 1993.

² “Pensando Pensamientos” es una expresión utilizado por Bion para referirse a pensamientos creativos y no a pensamientos estereotipados o utilizados solamente como forma de descarga tensional, sin pasar por el proceso de elaboración.

CASSORLA, R.M. S. *Aspectos sobre o Processo de Dessimbiotização na Adolescência*. Trabajo presentado en reunión científica de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo, el 22/5/1991.

CHODOROW, N. *Psicanálise da Maternidade: Uma crítica a Freud a partir da Mulher*. Río de Janeiro: Rosa dos Tempos, 1990.

ERIKSON, E. *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires: Hormé, 1973.
_____, *Adolescence et Crise: La Quête de L'identité*. París: Flammarion, 1972.

FREUD, A. La Adolescencia en cuanto Perturbación del Desarrollo; In: KAPLAN, C.; LEBOVICI, S. (Organizadores). *Anna Freud y otros: El Desarrollo del Adolescente*. Buenos Aires: Paidós, 1972.

FREUD, S. (1905). Tres Ensayos para una Teoría Sexual. *Obras Completas*. Volumen II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

_____, (1912-3). Tótem y Tabú. *Obras Completas*. Volumen II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

_____, (1914). Introducción al Narcisismo. *Obras Completas*. Volumen II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

_____, (1923). El Yo y el Ello. *Obras Completas*. Volumen III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

HINSHELWOOD, R.D. *Dicionário do Pensamento Kleiniano*. Porto Alegre: Artes Médicas-Persona, 1972.

KANCYPER, L. Adolescencia y Desidentificación. *Rev. Psicoanalítica*. Argentina, v. 47, pp. 750-760, 1990.

KERNBERG, O. *Mundo Interior e Realidade Exterior*. Río de Janeiro: Imago, 1989.

KLEIN, M. The Importance of Symbol-formation in The Development of The Ego. WMK, volumen I, pp. 219-232, 1930a.

_____, A Contribution to The Theory of Intellectual Development, WMK, volumen I, pp. 236-247, 1930b.

KLEIN, M. *Psicanálise da Criança*. San Pablo: Mestre Jou, 1969.

KOHUT, H. *Análise do Self*. Rio de Janeiro: Imago, 1988.

LEBOVICI, S. y SOULÉ, M. *La Connaissance de l'enfant par la Psychanalyse*. París: PUF, 1972.

MAHLER, M. *Symbiose Humaine et Individuation: Psychose Infantile*. París: Payot, 1973.

McDOUGALL, J. *Conferências Brasileiras*. Rio de Janeiro: Xenon, 1987.

MELLO FILHO, J. *O Ser e o Viver: Uma Visão da Obra de Winnicott*. Porto Alegre: Artes Médicas, 1989.

MELTZER, D. *Estudos Sexuais da Mente*. Rio de Janeiro: Imago, 1979.
_____, L'objet esthétique. *Rev. Franç. Psychan.*, v. 49, pp.1385-99, 1985

NATHAN, T. *Psychanalyse et Copulation des insectes*. Grenoble. La Pensée Sauvage, 1983.

PIAGET, J y INHELDER, B. *A Psicologia da Criança*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil S.A., 1990.

PINOL-DOURIEZ, M. *Bébé agi, Bébé actif: l'Émergence du symbole dans l'économie interactionnelle*. París: PUF, 1984.

SPITZ, R. *O Primeiro Ano de Vida*. San Pablo: Martins Fontes, 1983.

STERN, D. *O Mundo Interpessoal do Bebê: Uma Visão a partir da Psicanálise e da Psicologia do Desenvolvimento*. Porto Alegre: Artes Médicas, 1992.

STOROLOW, R.D. y LACHMAN, F.M. *Psicanálise das Paradas do Desenvolvimento: Teoria e Tratamento*. Rio de Janeiro: Imago, 1983.

TUSTIN, F. *Austic States in Children*. Londres: Boston and Henley, Routledge and Kegan Paul, 1981.

VERNY, T y KELLY, J. *The Secret Life of the Unborn Child*. Nueva York: Delta Book, 1981.

WILHEIM, J.A. *A Caminho do Nascimento: uma ponte entre o Biológico e o Psíquico*. Rio de Janeiro: Imago, 1988.

_____, *O que é Psicologia Pré-Natal*. San Pablo: Brasiliense, 1992.

WINNICOTT, D. *O Brincar e a Realidade*. Rio de Janeiro: Imago, 1975.

_____, *A Família e o Desenvolvimento do Indivíduo*. Belo Horizonte: Interlivros, 1980.

_____, *O Ambiente e os Processos de Maturação*. Porto Alegre: Artes Médicas, 1982.

O livro pode ser encontrado no endereço:

LUMEN

Rua Viamonte, 1674 – Buenos Aires – Argentina

E-mail: editorial@lumen.com.ar